

# QLIPHOTH

Andrés Díaz Sánchez

José Carlos Canalda

Marta Collell Font

J. A. Fernández Madrigal

Javier Ludeña

1

## ÍNDICE



Editorial.....3



'El Evangelio según San Marcus',  
por J. A. Fernández Madrigal.....4



'Las Puertas del Valhalla',  
por Andrés Díaz Sánchez.....11



'Espejos Rotos',  
por Marta Collell Font .....23



'Sobre la necesidad de la hecatombe',  
por Javier Ludeña.....24



'Sic Trans',  
por José Carlos Canalda. ....31

Diciembre 2000

Qliphoth es un fanzine en formato PDF sobre mitología que se distribuye gratuitamente y se realiza sin ánimo de lucro.

El © de los relatos y las ilustraciones pertenece a los autores.

Colaboraciones, críticas y sugerencias: [qliphoth\\_zine@yahoo.com](mailto:qliphoth_zine@yahoo.com).

### EDICIÓN/MAQUETACIÓN:

Francisco Ruiz & Santiago Eximeno.

### DISEÑO DE PORTADA:

Santiago Eximeno.

### COLABORAN:

Andrés Díaz Sánchez, Jose Carlos Canalda, Marta Collell Font, J.A. Fernández Madrigal, Javier Ludeña, Ricardo Martín de Vidales (ilustración de índice).

## EDITORIAL

*Con esa luz tan nuestra*

*Gran parte de nuestros lectores descargan Qliphoth de noche, cuando todos duermen y las tarifas telefónicas son más benignas. Después, si aún no ha amanecido, es posible que se sienten frente a la pantalla de su ordenador y comiencen a leerlo; o quizá decidan imprimirlo y recostarse plácidamente en su sillón favorito, a la luz acogedora de una lámpara. De una forma u otra, para poder gozar del placer de la lectura en las horas de oscuridad, lector, necesitas una luz. Parece una perogrullada, ¿no es así? Pero medita sobre ello. Gracias a esa luz tu cerebro puede distinguir esos signos tan arbitrarios que son las letras. Y es gracias a ella como llegan hasta ti conceptos e ideas. Sin luz, la cultura nunca hubiera alcanzado la difusión necesaria, al menos en lo que se refiere al hombre y a su concepto de transmisión de información.*

*Ahora demos un nuevo giro de tuerca a este planteamiento y retrocedamos en el tiempo. Volvamos a aquella época remota en la que las noches de nuestros antepasados transcurrían bajo la pálida luz de las estrellas, aquella época en la que la conciencia de la raza humana despertaba. Era entonces cuando empezábamos a descubrir aquel mundo repleto de maravillas que crecía a nuestro alrededor, y fuerzas ajenas a nuestra voluntad censuraban nuestra mirada inquisitiva. En aquellos lejanos días la aparición del sol regía nuestra vida, despertándonos cada mañana con sus rayos, clausurando la jornada con su ocaso. La existencia resultaba difícil, peligrosa. Nada se podía hacer cuando el sol se retiraba: sólo esperar que la oscuridad no durara para siempre, que aquella poderosa fuente de luz y calor volviera a alzarse de nuevo a la mañana siguiente. En aquellas noches, débilmente iluminadas por la luna y las estrellas, nuestros antepasados se apiñaban unos contra otros, asustados y ateridos.*

*Un día anónimo y maravilloso alguien se atrevió a coger una rama prendida por un fuego accidental y traerla a la tribu. Muchos observaron aterrados a ese demonio efímero pero terrible. Otros quedaron, sin embargo, prendados con sus movimientos insinuantes, encerrado de manera mística en un improvisado círculo de tierra y piedras. Sin duda nadie quedó indiferente ante este nuevo miembro de la comunidad: el fuego. Y con él llegaron nuevos conceptos a la noche: ya no tenían frío, ni la oscuridad era tan densa. Así fue como algunas de las mentes más despiertas vieron como el día, gracias a las llamas, se alargaba unas cuantas horas más. Horas que invirtieron en hablar, pensar, imaginar, fabular. Allí, alrededor del fuego, reunidos junto al acogedor calor, hablaban entre ellos, narrando sus miedos, sus ilusiones, sus fantasías, sus sueños... Esas noches en las que se reunían alrededor de la hoguera jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, surgieron ideas innovadoras, sugerentes e imaginativas, conceptos con los que se trataba de explicar la realidad. Surgieron los mitos. Gracias al fuego y a su poder para alargar las horas de luz, nuestros antepasados fantasearon y empezaron a buscar una explicación a ese mundo misterioso que les rodaba.*

*Con el tiempo llegarían las cosmogonías, las religiones, los cultos, y todo esto se fermentó alrededor de una primera hoguera anónima. Y de aquel remoto instante regresamos al ahora, a esa luz que ilumina tu copia de este fanzine: esperamos que cuando concluyas con tu lectura pienses en esa sencilla fogata que cientos de miles de años atrás iluminó por primera vez a nuestros antepasados. Con ella, en su humildad, se fortaleció la idea y la imaginación. Con esa luz que ahora es tan nuestra germinó aquello que ahora denominamos cultura.*

*Disfruta de ella.*

*Y no olvides apagarla antes de irte a dormir.*

*Los Editores.*

---

## El Evangelio según San Marcus

---

Por J. A. Fernández Madrigal

Algunas noches, cuando llego a mi apartamento, me pregunto qué demonios hago ocupándome de todo esto. Cuando la luz del atardecer se disipa, siento un chasquido en mi cerebro, y dentro de mí se enciende una luz blanca, inmisericorde, y no hay posibilidad de que la sensación de... amor que me ha invadido durante todo el tiempo que he pasado con él... de un amor suave y cálido que ha latido constante tras mis más íntimos pensamientos, que los acoge y conforta, vuelva a mi mente salvo como un recuerdo lejano, que no me pertenece. Algunas noches deseo mandarlo todo al carajo y volver a mis preocupaciones de químico de segunda fila, de investigador cincuenta por ciento de despacho, cincuenta por ciento de ordenador. Pero sé que de alguna manera eso ya es imposible.

Luego está el despertar. Es la única oportunidad que me concede esta resquebrajadora existencia de rebelarme por fin y comenzar a vivir otra cosa distinta de ésta. Parece triste, ¿verdad? Se me concede cada día, a la misma hora. Pero siempre la rechazo. Como es lógico, eso no hace más que hundirme más aún en mi propia miseria cuando el sol vuelve a caer.

A veces pienso que esto me llevará cerca de algún límite que mi cabeza no pueda soportar más. Pero ese razonamiento frío y lógico se convierte en autocompasión con la misma frecuencia que mi amor por él cae en el negro de la noche hacia el pozo de la locura. Sufro permanentemente los efectos de este juego de proporciones cósmicas con mis sentimientos.

Y todo por un hombre.

Aunque él se considera a sí mismo mucho más que eso. Recuerdo perfectamente la primera vez que le vi; me dijo:

-Déjame amarte. Déjame rescatarte. Ven conmigo al lugar donde no hay personas ni cosas, sólo hay amor.

No, no me lo dijo a mí. Ésas son las palabras que yo recuerdo habiendo dejado libre a mi mente para que las transforme y no se vuelva

completamente loca, si es que aún no lo está. En realidad dijo algo parecido a esto:

-Dejadme amaros. Dejadme rescataros. Venid conmigo al lugar donde no hay personas ni cosas, sólo hay amor.

Se dirigía a un grupo de gente que se arremolinaba en la plaza. Casi todos eran ancianos, muchos, y niños, muchos menos. En un momento se aupó sobre uno de los bancos de piedra de esta ciudad tan vieja y tan olvidada de sus propios orígenes (de tan repleta de ellos) y cinco minutos después estaba hablándoles, hablándonos, hablándome, con la misma facilidad que el aire frío de la mañana acariciaba nuestros rostros descubiertos; aunque según él, no predicaba. Simplemente había allí un momento vacío, en el que un hombre podía erguirse frente a nosotros sin que nadie lo considerara esencialmente extraño, o al menos, permitiendo que todos utilizáramos eso tan en desuso hoy en día del beneficio de la duda. Y tras ese momento, hubo otro más en el que sus palabras se entrelazaron de nuevo con el rumor de fondo de la mayoría de los pensamientos allí presentes. Y tras ése, otro en el que se engancharon en nuestras frustraciones y nuestras carencias, y tiraron de allí arrastrándonos ya completamente hacia él. A partir de ahí no me pude resistir. Él es un hombre que sabe aprovechar esos huecos que existen en las ruedas del tiempo para sincronizar sus engranajes de palabras. Es como si nos viera por dentro. Claro, que eso es precisamente lo que él afirma.

-No tengo hogar en este mundo, no tengo fe.

Dios, a veces casi me creo que soy él. Es tan fácil imitarle. Y tan difícil seguirle. Imitarle es ser otro. Lo difícil es sacar de uno mismo lo que él puede ver tan fácilmente.

Debo coger el taxi hasta encontrarle. Cada día está en un sitio distinto, es casi imposible localizarle de tantas veces que su cuerpo físico aparece y desaparece. Creo que de seguirle tanto

---

tiempo ya soy capaz de entrever los engranajes del tiempo, huecos donde yo sólo veo pequeñas depresiones, pero suficientemente profundos como para establecer la diferencia: me engancho allí y me aparto de mi cuerpo. La propia existencia me guía hasta él (qué distinto es nuestro cuerpo de la verdadera existencia). Y así lo encuentro. Siempre. Qué maravilla sería conocer todo esto de la forma que él conoce, sin limitaciones. Dueño del tiempo y la existencia. Empujando al tiempo a su ritmo. Siendo el tiempo. Siendo nosotros. Sólo somos tiempo, creo que piensa.

Allí está. Con su traje desgastado. Podría confundirse con cualquier funcionario que ha salido de compras en su tiempo libre. Los que no entiendan de lo que hablo pueden malinterpretar las mil contradicciones aparentes que hay en él. Hasta que se separa lo que él es de lo que su cuerpo muestra. Está tan lejos de todo eso, es tan difícil explicarlo. Me estoy volviendo loco. Me duele la cabeza.

-Hola.

La sensación de amor de nuevo. Cómo odio ese golpe.

-Hola, Jes.

-No me llamo así, Marcus.

-Sí... Perdona. No, no sé por qué ha salido esa palabra.

-No te preocupes. Sonríe, Marcus, mira qué cielo tenemos hoy.

¿Por qué le he llamado Jes? Cambios en mi cerebro que no controlo; no debo pensar más en ello. Quizás es lógico que mi mente forme asociaciones incorrectas cuando estoy cerca de su mundo tan inhumano.

-¿Estuviste en Galeras?

Él llama Galeras a la Compañía. En su mundo, esencialmente, es eso.

-Aún estoy trabajando para conseguir algo. No tengo demasiada buena posición dentro, ya sabes. Si supiera más exactamente qué buscar...

-Los informes sobre las pruebas que me hicieron. Eso es lo que tú podrías encontrar allí. Y eso es lo que necesito de ti.

-Pero en ese lugar guardamos pruebas desde hace veinte años. Algunas con acceso restringido, sólo para los directivos. Otras, públicas, las de menos relevancia, las que les permiten ver a los Inspectores del Estado; y éstas, se podrían contar por miles. ¿Cuándo te las

hicieron? ¿Había retrovirus de efecto rápido en esa época? Ni siquiera lo recuerdas... ¿Cómo puedo encontrar nada de esta manera? ¿No te das cuenta? Es casi imposible lo que me pides.

-No dejes que el miedo habite en ti, Marcus, eso te aleja del verdadero Lugar -me sonrío y me calienta por dentro, pero creo que no se da cuenta de que lo único que hace eso es dejarme un poco más cerca del borde del abismo que se revuelve en mi interior.

-¿Por q... por qué no lo haces tú?

Me vuelve a sonreír. Luego se da la vuelta y va hacia el mirador. Algo hace que le siga, aunque no sé si soy yo o es él o es otra cosa, pero sea lo que sea desaparece cuando él se sube al mirador y luego baja y se va.

Me acerco asustado pero sin estarlo tanto como sé que puedo estar, y cuando llego allí y me asomo veo que camina. Camina y camina, como si eso fuera lo más importante que tuviera que hacer en ese momento. Miro alrededor y no hay nadie. Es muy temprano. Cuando su figura se aleja y se difumina entre las brumas del río, me retiro y me voy de allí. Me imagino que él seguirá caminando, caminando, sin nada que sostenga sus pies salvo el transparente aire de la mañana.

Él dice que Dios no existe. Sin embargo, sostiene que eso es una mera cuestión de vocabulario. También dice que él es Dios, pero no eso que nosotros llamamos Dios. Muchas veces me hace sentir tan poderoso como él, tan débil como él, tan coherente con la existencia que le rodea, pero cuando camina por el aire, cuando desaparece en la nada sin dejar rastro, cuando aparece de ningún lugar como si pasara por allí instantes antes, cuando ilumina los corazones con sus palabras y lo que él es, todo se disipa. Sólo quedo yo y las burdas enseñanzas, frías, de mi niñez, que me dicen que todo eso son signos de Dios. Y la renuncia, casi tan burda, de mi adolescencia, que me dice que Dios no existe. Y al final yo me lleno un poco más de caos, pero él sigue exactamente invariable. Quizás ésa sea la definición real de Dios. Pero más frecuentemente pienso que es sólo una limitación de mi pensamiento. Eso no me hace sentirme especialmente bien; supongo que es orgullo.

Llevo varias semanas intentando conseguirle los resultados de sus malditas pruebas. Al fin las he encontrado. Me ha contado

---

que antes de que se las realizaran él era un niño humano normal. Pero que cambiaron algo dentro, algo que no pretendían cambiar. Y ese algo lo convirtió en lo que es ahora.

-¿Y por qué no vas tú a averiguar qué pasó?

Ya he perdido la cuenta de las veces que le he echado en cara lo mismo. Me siento mal, pero no por recriminarle, sino por no saber por qué insiste en ello una y otra vez. Sé que él no va a investigar las pruebas, quiere que sea otro quien le ayude, y no va a ceder en eso. En realidad, nunca cede en nada. Alguien que es uno con el tiempo y la existencia no cede: sólo sigue su curso.

-¿Pero Dios no es todopoderoso? ¿Acaso hay algo que no sabes?

-Lo que para mí no tiene sentido saber, no lo conozco, Marcus.

-¡Pero Dios es todopoderoso! ¡Su sabiduría es infinita! -exclamo, asustado.

-Eso es una patochada. No existe nada infinito, es una construcción falsa de vuestra mente. Es más, ni siquiera vuestra mente es capaz de construir algo parecido. ¿Cuándo os vais a dar cuenta de ello?

-Entonces...

-Debes ir tú, y averiguar qué pasó con esas pruebas. Tráeme los resultados, Marcus.

-Quieres saber quién te creó. Y cómo lo hizo. ¡No te atreves a mirar a la cara a tus creadores, que fueron hombres!

-No pretendas imaginar lo que yo pretendo, Marcus -se vuelve y me mira, con esos ojos que se extienden hacia el centro de la galaxia, con ese rostro bondadoso y firme, irresistible- Y Dios no puede mirar a la cara a quien lo creó: eso es otra patochada.

Nunca me había contestado tan contundentemente.

Tras días de trabajo que se pierden en las procelosas aguas de mi inestabilidad mental, me doy cuenta de que he acumulado muchos pequeños pasos hasta ver un primer, importante resultado. Las pruebas originales consisten en ADN. Dos conjuntos de muestras, perfectamente etiquetadas: antes y después. Aunque olvidadas debido a su escaso resultado (el escaso que fue comprobado), son afortunadamente abundantes. De ahí me remonté por las escaleras de la base de

datos Genoma, arriba casi todo el tiempo y abajo parte de él, tropezando; ahora he llegado a un pequeño lugar del cerebro. En la parte inferior de los ventrículos laterales, por donde el líquido cerebroespinal fluye acariciando las mareas de la esquizofrenia: el hipocampo.

Hoy en particular he recordado unos antiguos artículos sobre el hipocampo y el mapa cognitivo humano que guardaba en mi archivo de tesis. Antes de eso, sólo pensaba en ese lugar como un centro de la memoria. Pero según estos textos el hipocampo es el sustrato donde se forma el modelo de nuestro espacio externo. Necesitamos construir ese modelo para sobrevivir: el espacio donde nos desenvolvemos y manipulamos, nos movemos y actuamos; aquello sin lo cual no seríamos nada muy distinto de una mata de hierba. ¿Contendrá ese modelo las relaciones causales que exploramos constantemente mientras nos desarrollamos en el mundo? Es muy posible, el mismo mapa del entorno está construido en base a relaciones causales: estoy aquí, ando dos pasos, estoy allí. Y de ahí a la representación topológica y a la métrica. Como los niños evolucionan. Por tanto el hipocampo es crucial para nuestra visión del mundo, y yace en el mismo fondo del baúl que guarda los más íntimos secretos de nuestra existencia.

Lo cual me lleva al problema filosófico: ¿es el mundo sólo lo que cada uno ve? ¿o tiene algún núcleo independiente de nosotros y eso es lo que percibimos de diferentes formas? ¿Qué pasaría si existiera alguien que lo percibiera completamente al revés?

Bonito montón de preguntas para una parte tan pequeña de nuestra cabeza con forma de caballo de mar.

Él ya tiene seguidores, aunque no comprendo cómo se puede seguir a alguien que se comporta como si le diera igual que le sigan o no... Pero qué ciego me he vuelto, como si yo mismo no lo estuviera haciendo. Todos los días buscándole para ver a dónde va, con quién se relaciona, qué dice, qué hace. Todos los días constatando su esencia divina en sus actos y en sus pensamientos. Debería renunciar a esto, pero ya es muy difícil.

Hasta en Roma hay disputas a causa de él. La presión de unos pocos que quieren convertirlo

---

en santo. La curia romana dice que va a investigar, de la manera en que dice que va a investigar la posible beatificación de Walt Disney. Nadie lo cree realmente. Pero ya se habla de él en todas partes, y eso afecta a mi trabajo.

Ayer mi director recibió unas peticiones sobre ciertas pruebas que se realizaron hace muchos años, antes de la creación de los retrovirus de efecto rápido. Afortunadamente me pasó a mí la petición. Digo afortunadamente porque se refería al individuo al que yo sigo, que obra milagros, que habla y actúa según otros esquemas de pensamiento, a veces demasiado lejanos del mundo que nosotros percibimos como físico; el hombre que me está volviendo loco. Alguien está muy interesado en saber los tratamientos genéticos a los que ha sido sometido, y me puedo imaginar fácilmente media docena de fuentes de poder de las que podría provenir esa petición. Bien, el historial de tratamiento genético de cada persona es privado y confidencial; buscaré la carta modelo para este tipo de casos. Pero al mismo tiempo debo intentar darme prisa. Cuento con una cierta ventaja en mi investigación, pero todo este asunto es demasiado importante para confiarme.

También está siendo acosado. Hoy ha sido la primera vez que he visto una agresión hacia él por parte de la gente, aunque según constato por la prensa, ha habido otras. Todo el mundo está obsesionado por lo mismo: le tienen envidia. Quieren ser como él. Él debería ser más astuto y ocultar mejor sus diferencias, pero por lo que le conozco eso le importa un pimiento. De hecho es incapaz de comprender que eso afecte a nadie, ya que desde su forma de ver las cosas su mundo es completamente distinto del nuestro, su realidad existencial tan ortogonal a la que denominamos nuestra... Otra buena muestra de la inexistencia del infinito en su particular ontología; para qué hablar ya de cómo encajar otros estereotipos religiosos más evolucionados, como la santidad o los dogmas.

Como demuestran esos acosos, todos queremos ser felices, aunque lo intentamos de distintas formas. Existe el ángel, claro está, engancho sus circuitos a nuestro bulbo raquídeo con pequeñas patas de oro para controlar perpetuamente las funciones básicas del organismo, guardando las constantes vitales de

desviaciones peligrosas. Pero eso no nos basta. Lo que no nos proporcionan el ángel y las nanomáquinas que se mueven por nuestro cuerpo a su servicio, nos lo dan la ingeniería genética y los retrovirus de efecto rápido que son capaces de cambiar un gen en todo el organismo en sólo unas pocas semanas, fundiendo sus espirales cromosómicas con las nuestras para curarnos y hacernos más perfectos. Teóricamente. Por supuesto, nadie es más feliz con estas cosas que antes, ni menos. Pero hay que seguir investigando: el dinero sigue haciendo falta para comer.

El caso es que hoy en día todos tenemos un historial de tratamiento genético. Desde nuestra más tierna infancia, y en muchos casos desde antes del nacimiento, un archivo es abierto y se nos es concedido, y con pocos años que vivamos adquiere una cantidad de información más que respetable. Lo que la gente envidia, por tanto, es ser feliz sin todo esto. Porque todos queremos ser felices, pero tendemos a ir por el camino equivocado para conseguirlo. El ángel. El retrovirus. Pero ahora que ha aparecido él, que ya tiene eso que todos deseamos, se lo queremos quitar. Y él no nos lo puede dar. ¿O sí?

Finalmente, desapareció entre la multitud. El griterío se apagó. La gente se marchó, frustrada e infeliz, como antes. Él ya no estaba. Supongo que ese momento y esas tensiones no existían para él: simplemente dejó de existir dentro de ello.

Yo por mi parte debo seguir investigando las pruebas. También quiero ser feliz, de la limitada manera en que yo lo entiendo.

Tras la calma de la que disfruto durante mi investigación, siempre vuelve el caos. Siempre vuelve él. Vuelvo a levantarme al amanecer, con ganas de dejarlo todo como estaba antes de que él apareciera. Vuelvo a recordar mis responsabilidades, muchas sólo conmigo mismo, y vuelvo a renunciar a la oportunidad que la cordura aún me ofrece, incansable. Y vuelvo a buscarle.

Hoy está de nuevo solo, paseando por el parque. El golpe súbito del amor sobre el trasfondo sereno de mis pensamientos vuelve a estrujarlos y a llevarlos a la deriva. Tiemblo.

-¿Cómo va eso, Marcus? -me saluda sin aminorar el paso. Sus palabras siempre son templadas y agradables.

-Creo que tengo una buena pista que seguir respecto a tus pruebas.

---

Se vuelve y me mira con sus tremendos ojos azules, y se acaricia la barba larga.

-Me alegro. Debes encontrar tu propio camino en esto.

-¿Es que acaso me reservas un papel... en tu predicación?

Se ríe fuerte, como siempre. Eso agita más aún mi oleaje interior, y me hace constatar lo fácil que sería odiar a quien se ama, si no se amara de esta manera tan... extraña a todo lo humano.

-Dios no predica, Marcus. Dios hace y siente, vive y ríe, ayuda e ilumina. Pero nunca predica. Y nunca reserva papeles a nadie, eso es labor de otros muy lejanos de lo que es Dios.

Me quedo en silencio masticando las palabras y añadiéndolas a mi modelo interno de él, quizás también almacenado en mi hipocampo. Sólo que mi hipocampo es pequeño y no está modificado genéticamente, y eso es una gran limitación.

-Marcus, es muy difícil explicar nada a quien tiene una visión del mundo diferente. Por eso Dios no explica nunca. El verdadero Dios, el que no es como vuestro Dios, sólo habla para ayudar cuando es necesario. Las explicaciones las tenéis que encontrar vosotros mismos.

¿Es que me está cerrando la única puerta que me mantiene en esta situación? No, no quiero pensar eso, porque en ese caso sí que siento que esto me sobrepasa, que debo escapar de alguna manera. La necesidad de huir me abrumba y no quiero ni imaginármela. No quiero que él sufra, y no quiero sufrir yo. Y esta contradicción íntima puede afectar a otros, lo cual no deseo que ocurra. No quiero pensar más en ello. Me duele la cabeza de no querer.

Él tiene el hipocampo excesivamente desarrollado. Así lo demuestran las pruebas de control de las que disponemos en el historial. Tiene una apariencia extraña, se desvía de la forma familiar ligeramente enroscada con dos abultamientos o rizos. El de él, según este antiguo scanner, es más largo y recto, y más denso. Eso es la causa de todo, pero aún no sé de qué forma. Quizás deba cotejar los datos con más pruebas, de periodos más largos...

Pero qué estoy buscando en todo esto. Qué demonios hago ocupándome de todo esto.

Apago la luz antes de que los mismos pensamientos recurrentes de todos los días hagan

su entrada en el destartado escenario de mi mente. Me doy a mí mismo las buenas noches y decido que ya es hora de dormir un poco para que las células de mi modesto hipocampo reorganicen las experiencias que guardan, mi visión del mundo.

-Hola, Marcus, ¿estás bien?

No le doy tiempo a terminar de darme los buenos días. El golpe de amor es tan fuerte hoy (o mi resaca de la locura de la última noche tan profunda) que le agarro del cuello y lo empujo contra el borde del puente. Siento el peso de mi vientre sobre el suyo, mucho más duro, y siento sus ropas resbalar entre mis dedos, de fuerte que aprieto la liviandad del tejido. Siento su rostro volverse hacia mí con lentitud, mucho más tiempo tarda que el que yo empleo en llevarle hasta allí e inclinarle sobre el río. Siento sus ojos finalmente encontrar los míos, y el odio, ese odio que sale de mí y que no puede ser consecuencia de otra cosa que del amor que emana de él y que me está volviendo loco, golpearme de regreso en la cara, mucho más fuerte e inevitable que mi presa física.

En sólo un instante él desaparece y me tambaleo sobre el borde de piedra fría y húmedo. Grito un poco. Luego aprieto los labios, me siento ridículo. Tengo que apoyarme con todo el cuerpo para controlar la súbita inercia. Y allí, solo, cuando mi barriga rechoncha y floja consigue detenerse por su propio rozamiento, qué puedo hacer al quedarme contemplando mi odio y sólo eso, sin nadie a quien dirigirlo. Y el regusto del amor que desprende su extraña visión de las cosas. Todo es tan sencillo. Tan complicado.

Y me arrepiento como creo que nadie ha podido arrepentirse nunca de algo. Lloro.

-Te perdono, Marcus, porque no sabes lo que haces.

Lloro sobre su hombro.

Ya apenas queda tiempo. Se está convirtiendo en una verdadera molestia para mucha gente. No puede desaparecer, aparecer, andar por el aire, sin esperar que muchos le consideren un sujeto inquietante, peligroso. Puedo imaginar quién va detrás de él, esperando el momento menos comprometido. Lo que inicialmente apareció como interés bondadoso puede ser únicamente la tapadera de todo lo contrario. Las manos de la curia son largas, y

---

tienen muchos rostros ocultos. De entrada, les mueve más dinero del que podemos gastarnos aquí en el mantenimiento de los cultivos de retrovirus para toda la población. Antes, al menos, teníamos a los papas. Ahora no tienen que preocuparse de esa figura ya extinta, esa cara pública que debían mantener porque sintetizaba su enlace con los de abajo. Ahora estamos en un mercado libre, y aquella empresa que reúne más fieles mantiene sus arcas más llenas, así de sencillo. A ningún Dios nacido de virgen le agrada encontrarse con otro (más joven) nacido de un laboratorio; pero a los que comen gracias a la imagen del primero, aún menos.

No creo que le quede mucho tiempo aquí. Así que debo intentar hacer algo para poder terminar mis pruebas. ¿Protegerle? No siento mis pensamientos suficientemente fuertes para idear cómo. Debo pensar otra cosa. Mis pruebas. El hipocampo, esa extraña porción del cerebro que parece que lo cambia todo, que nos puede convertir en dioses. Los que amenazan su vida no saben qué pueden estar tirando a los vertederos insondables de la evolución. Hay que salvar ese regalo de nosotros mismos.

-¿Ves la arboleda, Marcus?

-Sí la veo, Maestro.

-¿Eso crees?

-La veo. Me relaja.

-No veas con los ojos, Marcus. Cierra los ojos. ¿No los ves?

-...

-Están todos aquí, con nosotros, bajo la arboleda. Yo también cierro los ojos ahora. Pero veo cosas que tú no ves, Marcus. Les veo alrededor, esperándome para que me reúna con ellos en nuestro Reino. En el que se ven las cosas de la manera que yo intento verlas desde aquí, aunque más cristalinas y puras. Más sencillas.

-¿Quiénes son *ellos*?

-Fueron como tú. Hay un salto que dieron unos pocos, muy pocos agraciados por la naturaleza. Lograron ver esto que yo veo.

-¿Hay más dioses, Maestro?

-Hay tantos dioses como estrellas, mi querido Hermano. Y hay un sólo Dios que es lo que todos somos cuando descubrimos esta otra forma de Ver.

-Te lo suplico, dime qué tengo que hacer para alcanzar tu visión. Me siento enloquecer. Y

lo peor es que no sé si temo por ti, por mí, o por nada y lo único que merezco es deshacerme. ¿Por qué has desatado estas visiones? ¿Por qué yo?

-Porque tú viniste a mí.

-Tenía que hacerlo. Como hombre, estaba inmerso en el mundo de los hombres. Tú, como Dios, podías haber cambiado eso para dejarme libre.

-Dios no es todopoderoso, Marcus, cuándo vas a entender que los infinitos no existen.

-No puedo soportarlo más.

-Entonces ya todo está dicho. Lo que tengas que hacer, hazlo ya.

Fue sencillo y silencioso. Cayó en mis brazos sin cerrar los ojos inmensos de azul cobalto, agarrándose a mí como si por un instante fuera un cojo que necesitara el apoyo de mis pies y mis hombros. Terminó con amor y por su propia voluntad, y con su amor me dejó allí de pie, junto al amasijo de su cuerpo muerto. Creo que al hacer aquello le devolví parte del amor que él me había dado, y me siento bien por no haber transformado eso en una puerta abierta para mi odio; pero por otra parte, dudo que haya sucedido así por voluntad mía.

Él murió de esta forma que cuento. Bajo y por mis manos. Ahora guardo el pequeño inyector en una caja pequeña, de madera y terciopelo, y lo sitúo en el centro del pequeño horno, anoto en la pequeña resma de papel la orden de activarlo, y dejo que otro pequeño ser humano, como yo pero más inocente, la ejecute y borre el último pequeño recuerdo de mi intervención en Su vida. Ahora estoy convencido de que Dios existe, pero le doy otro sentido a esa palabra.

Las noches transcurren más vacías, pero por lo mismo, más serenas. Aunque extraje algunas muestras de Su cabeza para analizarlas estos días, tal y como habían planeado, no he sentido ningún impulso de llevar a cabo los análisis. La Compañía necesitaba esas muestras, necesitaba a ese hombre, y yo les obedecí sabiendo lo que hacía y siendo pagado todo este tiempo. Seguí Sus pasos desde el principio, me acerqué despacio y luego del todo, casi me volví loco por hacerlo, hasta que la situación sólo pudo resolverse de una manera. Ahora debería estar terminando el proyecto: haciendo scanners del tejido neuronal, correlacionando muestras, sacando nuevas conclusiones para la Compañía.

---

Me han pagado bien por todo este trabajo y yo debería estar agradecido no sólo por eso: me han protegido hasta el final, han impedido que mi crimen conste como tal. Debería estar dando un sentido final a lo que idearon para salvar la vida de Él y hacerla útil para todos. Maldita sea. Querían que Su muerte nos salvara a todos, que se convirtiera en el verdadero Redentor. Pero nada de eso será posible si no sigo investigando y logro identificar la modificación genética del hipocampo que nos haría ser como él.

Soy incapaz de hacer eso ahora.

Llevo muchos días oliendo el extraño olor de lo putrefacto a mi alrededor. En el pequeño habitáculo de mi apartamento mi hipocampo debe estar formando extrañas asociaciones, de tan modesto. Ojalá lo tuviera tan desarrollado como el de Él y me permitiera liberarme de este encierro voluntario/involuntario del que mi organismo me impide salir.

Hace una semana vi una luz en el rellano, de madrugada. El olor desapareció unos instantes y luego volvió a invadir el apartamento, como todos estos días. Cada vez más fuerte.

La luz ha vuelto a aparecer esta noche. Pero esta vez no se apaga. Se desliza bajo la puerta. Inunda únicamente el suelo del dormitorio. Lo ocupa todo, y luego crece y chisporrotea mientras lo hace. Debo haberme vuelto más asustadizo que de costumbre porque he agarrado la sábana y me he apretado contra ella, lo cual es absurdo en mí. Mi corazón late fuerte y descompasado, queriendo escapar de mi cuerpo.

La luz ha tomado forma humana. Lo único que me sorprende de todo esto es mi falta de sorpresa al verLe de nuevo cerca de mí. Al sentir de nuevo el golpe de amor/odio que al menos me despierta por dentro; ni siquiera siento sorpresa al sentir ese despertar. Mi corazón se desboca. Me duele el pecho.

Pero cuando finalmente Él me ha tocado y me ha hablado, me olvido... Cuando me ha elevado con Él y me ha guiado dejando atrás mi ser limitado... Cuando me ha mostrado una minúscula parte del mundo en el que voy a existir una vez lejos de mi cuerpo, entonces...

-¿Por qué demonios tengo que firmar aquí, Jos?

-Ese hombre ha muerto, Mar.

-No seas simple. Ya sé que ha muerto, está más frío que mi nevera. Pero aquí pone "infarto". ¿Por qué han puesto "infarto", Jos? Odiaría tener que mover papeles para que corrigieran un error estúpido en secretaría.

-No tienes que mover nada, Mar. Pon una cruz, dos bonitas rayas cortas y rectas con ese lápiz de grafito que has sacado de no sé qué museo arqueológico, no aprietes mucho y te lo cargues si es una antigualla valiosa, y olvídate de secretaría. ¿Está muerto? ¿Es un paria al que nadie va a buscar? Entonces pon la cruz, firma y cállate. Quedan cinco minutos para comer y me duele la cabeza.

-Eres un insoportable, Jos. Mira, da la casualidad de que vengo de Neuro y allí había entrado hace un rato un cadáver para analizar algo que tenía en el cerebro. Un tumor o algo así en el ventrículo lateral. Esquizofrénico hasta la médula, seguramente. Y éste tiene un agujero en el cráneo del tamaño de una pelota de tecnosquash. Así que dime que no sabes en qué jodida mierda me estoy metiendo por firmar esto.

-No lo sé, Mar. No tengo la menor idea de esa *mierda* que pronuncias con tu preciosos labios rojos. No sé que este desgraciado estaba esquizoide y ha muerto con un hipocampo destrozado como si un jugador de tecnosquash se le hubiera metido entre las sinapsis. Tampoco tengo idea de cuántos fiambres han entrado hoy aquí, a pesar de ser el encargado en funciones del registro, porque hoy he tenido un mal día y ya no recuerdo nada. No sé que estás aquí y que eres tú la que va a firmar. No sé nada, bonita, nada de nada. Debe ser que mañana cobramos nuestros bien proporcionados sueldos y por eso me he pasado todo el día con tal dolor de cabeza que he olvidado todo. Y como no sé nada y estoy en este estado tan lamentable, ¿por qué no escribes eso que tienes que escribir y nos vamos?

-Joder, Jos.

-Sí, joder.

---

## Las Puertas del Valhalla

---

Por Andrés Díaz Sánchez

El mar había sido poseído por la tormenta. Las olas se levantaban salvajemente sobre la superficie como hambrientas garras dispuestas a atrapar cualquier presa que osara surcar su oscura y verdosa piel. La lluvia azotaba sin compasión mientras, en lo alto, por entre las tenebrosas nubes, los relámpagos brillaban como las blancas arterias de un antebrazo divino. El crujido del trueno reventó sobre el Universo. El viento silbaba una canción hiriente y ominosa.

Aquél fue el escenario donde se desarrolló el choque entre las dos naves: el Perro Negro de los escandinavos y el Espada de los daneses.

Éste último se había aventurado en aguas peligrosas, cargado de especias y telas, con destino al Sur de Inglaterra. Sus dueños confiaron en el fuste de la nave para superar las galernas y en el coraje y el adiestramiento de los guerreros que portaba para contrarrestar a los terribles piratas vikingos.

Mas ahora, sobre la cubierta danesa, la sangre se mezclaba con el agua y los aullidos de los combatientes con el espantoso rugido de la tormenta. Daneses y escandinavos se defendían, mataban y morían sobre la resbaladiza cubierta, bajo las velas desgarradas por el viento. Los había que tajaban con furia demoníaca y los había que contenían sus entrañas con las manos, en un vano intento de que no se las robara el mar.

Una gigantesca ola se levantó por estribor, un muro negro y esmeraldino que eclipsó la noche en torno al barco.

Koll, El Matador, un vigoroso saqueador escandinavo, alzó su vista azulada hacia aquel espumeante y horrendo techo que durante un eterno latido permaneció inmóvil, envolviendo a ambos barcos. Cinco pies por encima de su cabeza flotaba un enorme cadáver, un hombre con el que, el día anterior, charlara acerca de mujeres y armas al amor de la cerveza caliente. El danés contra el que Koll había estado batallando se embarullaba en el suelo, presa del horror, la mirada presa del muro acuático.

Koll deseó gritar el nombre de su dios

Odín, quizá para implorarle ayuda o para maldecirlo, pero en el siguiente latido un fragor colosal llenó sus tímpanos y arrasó su cerebro. El agua, como la mano de un gigante enfurecido, lo aplastó contra el suelo y lo arrastró sobre los maderos. Aquel hombrecillo trató desesperadamente de aferrarse a cualquier solidez, pero se encontró a sí mismo presa de fuerzas que le superaban, tal que un pelele, un muñeco sin voluntad.

Su cuerpo chocó contra el de otro hombre. Después, topó brutalmente en su errático camino con una masa densa y tubular y sus dedos se aferraron a ella. Experimentó un sufrimiento afilado y sospechó que se había roto varias costillas en el encontronazo.

El agua desapareció por el momento, deslizándose rápida hacia abajo o -tal vez- arriba. Koll seguía agarrado al palo mayor. Abrió los ojos y por entre la cortina de lluvia distinguió los cascos de los barcos unidos por los garfios, de estribor de uno a babor del otro.

Las naves habían sido hundidas por la ola hasta media cubierta y milagrosamente sus cuerpos emergían, como bestias marinas en celo. Descubrió cuerpos que flotaban y acto seguido desaparecían tragados por las aguas. Un danés de ojos claros y barba y cabellos rojizos, con el rostro macilento y los ojos muy abiertos y enloquecidos, se aferraba a la baranda de estribor con su brazo izquierdo. En el derecho tenía una espada.

La cubierta osciló y el extremo de babor subió violentamente, levantando densas alfombras de agua. Se escuchó un estremecedor crujido procedente de la bodega. Koll supuso que las cuerdas por fin comenzaban a desgajarse, como la cáscara de nuez bajo el mazo. En pocos instantes, el interior del Espada se llenaría de agua y la nave iría a pique, tal vez arrastrando al barco rival; entonces, la Ley de la Guerra se extendería no sólo al músculo y el acero, sino también a la brea, las maromas, la tela y la madera. Koll así lo comprendió: de no ser desenganchados, los garfios del barco danés se llevarían con él al Perro

---

Negro.

De pronto, su mirada ahíta de maravilla y horror quedó aún más alucinada al contemplar, entre la lluvia y las sombras, partirse literalmente la cubierta del Perro Negro, en una larga grieta desde la proa a la sección media de la nave. Una ola brutal embistió de frente a la nave, arrancando la cabeza de dragón y levantando entre blanquísima y vociferante espuma una nube de maderos y tablas desgajadas. Uno de los largos remos de estribor saltó de sus guías metálicas, robadas estas a su vez de la madera, subió por el costado de la nave, al capricho del agua, y se desplazó por cubierta. El enorme madero topó con Thormur, El Viejo, y Koll contempló la cadera de su compañero salirse de su lugar, deformando fantásticamente el cuerpo del veterano marino. Thormur abrió la boca, mas su voz desapareció, engullida por la tormenta. Rodó por cubierta, se deslizó sobre la maltrecha baranda y quedó horriblemente atrapado por los dos costados de los barcos cuando estos se unieron en un choque de carnero. Thormur El Viejo finalizó su vida contra la madera que él mismo había calafateado.

Una parte lejana y serena de Koll le dijo que todos, daneses y escandinavos, iban a morir tragados por aquel vendaval asesino. Como si la Naturaleza hubiera escuchado sus pensamientos, la lluvia arreció y el bamboleo se tornó más violento. Koll hubo de esforzarse para no desasirse del palo mayor. Tenía el cuerpo helado, lo sentía como un almacén torpe y ajeno. Parpadeaba constantemente para sacarse la lluvia y la sal. Había vomitado el contenido de sus tripas empapadas en agua de mar y sólo le quedaban ácidos que toser agónicamente.

A pesar de todo, se fijó en que el danés con la espada aún seguía aferrado a la baranda de estribor, una tozuda sombra tras la cortina de agua. Cuando los hombres bailan con la Parca se tornan borrachos o niños, así que Koll fue atacado de pronto por el firme deseo, la convicción, de conseguir aquel acero, perecer empuñándolo y presentarse ante el remoto Valhalla con un arma en la mano. Porque, lo comprendía ya sin ambages, iba a morir. Muchas veces había cortejado a la Señora Muerte, pero nunca hasta entonces había sufrido esta absoluta certeza.

Y, como si tan pavorosa y tremenda serenidad hacia el negro futuro hubiera despertado en él nuevas formas de percibir la realidad, ésta le

resultó de pronto más nítida, como si los colores ganaran brillo y las formas se definieran tan perfectamente como jamás hubiera imaginado antes. Podía percibir con la mirada la tremenda densidad de los sólidos y la helada persistencia de los líquidos a su alrededor. Una extraña energía subió por su médula espinal, encrespó el vello de su nuca y explotó en el cráneo, como una lluvia de fuego helado que recorriera todos y cada uno de sus nervios.

Escuchó un canto que había surgido de pronto y sin embargo le parecía eterno e inamovible, como si siempre hubiese vibrado sobre el mundo y él no lo hubiera notado hasta el momento. Comulgaba sin agresividad con los truenos, la lluvia, el mar y el viento. Eran voces agudas, más parecidas a las notas de una flauta que a creaciones de garganta humana.

Descubrió entonces algo azulado entre las olas. Brillaba y era translúcido, confuso como un color que hubiera cobrado vida propia, venciendo las Leyes del Cosmos. Lo siguió con la vista mientras se convertía en esplendor de ola y después en espuma, se definía y transformaba en un ser de bordes imprecisos. Cabalgaba sobre un caballo neblinoso y alado. El jinete cobraba formas femeninas; portaba una extraña armadura compuesta de una fantástica y brillante cota de mallas plateada y un yelmo gris repleto de suaves filigranas, que dejaba libre un rostro a veces cremoso y a veces dorado.

La valquiria desapareció bajo el mar y la mirada de Koll persistió varios latidos allá donde las olas se la habían tragado.

Koll se volvió hacia arriba y se perdió en un cielo negro y profundo. A pesar del agua que se le encharcaba sobre las pupilas no parpadeó, pues descubrió en él puntos luminosos que aullaban cantos estremecedores. Eran más seres espectrales, las Valkirias, las Hijas de Odín, montando sus caballos de luz. Empuñaban lanza y llevaban embrazado un escudo. Sus armaduras estaban hechas de diferentes metales preciosos, que esplendían de manera inédita en el mundo terrenal. Evolucionaban tan velozmente que sus largas melenas, sueltas o recogidas en trenzas, nunca tocaban sus espaldas.

Koll distinguió a una de ellas agarrando por el brazo derecho un cuerpo luminoso, como un jirón de claridad, con el vago aspecto de un guerrero; la dama estaba llevándose el alma de un

---

compañero vikingo.

Un zarandeo especialmente enérgico del barco revolvió sus quebradas costillas dentro del amplio pecho y el dolor le dejó sin aliento. Cuando abrió los ojos ya no había valkirias en los cielos y el mundo en torno a sí le resultaba torpe y pesado. Se sentía como si durante varios instantes hubiera volado y de pronto volviera a estar sujeto al firme con cadenas de hierro. Sin embargo, aunque no las viera, estaba seguro de que ellas aún continuaban allí, llevándose los espíritus más valerosos hacia el Valhalla.

El palo mayor crujió, ominoso. Koll vio la punta caer desde lo alto. Cerró los ojos, esperando el golpe fatal, pero el maderamen fue desplazado por el viento hacia estribor y lo hizo desaparecer entre las olas.

El danés continuaba aún aferrado a la baranda de estribor, casi de rodillas, y todavía conservaba su espada. Quizá ellos dos fueran los últimos supervivientes de la debacle. Koll apretó las mandíbulas mientras clavaba sus ojos en él: debía conseguir aquel maldito acero.

Difícilmente, logró alzarse hasta quedar medio agachado, con el pecho apoyado en el palo mayor y los brazos rodeándolo. Le ardía la carne en la cual se le hincaban las costillas rotas, pero él tenía que levantarse y atravesar el corto espacio que le separaba del danés y arrancarle la espada de las manos.

Intentó no resbalar sobre el suelo encharcado al erguirse en pie, aún sujeto a la madera. Una ráfaga de viento brutal le golpeó por la espalda. Aquélla era su oportunidad.

Koll aulló el nombre de Odín y se soltó del palo. Impulsado por la onda de aire, medio corrió medio voló hacia estribor. Un trueno crujió en el cielo y Koll cayó estrepitosamente al suelo. El pecho se le deshizo en puro dolor. El barco oscilaba ahora hacia estribor y el vikingo, cegado por el sufrimiento, se deslizó sobre la madera, atravesando la alfombra de agua, espuma y sal.

La figura oscura del danés se le acercaba. Descubrió la diminuta claridad de sus ojos enloquecidos. Gritaba algo ininteligible bajo el aullido del viento y alzó su espada, sin soltarse de la baranda. Un relámpago iluminó sus facciones enloquecidas y airadas. Adelantó el arma hacia Koll y el acero desgarró el antebrazo derecho del vikingo desde el codo a la muñeca. La sangre bañó su mano helada, como un líquido más, y el

filo cortó la palma, emergiendo por entre los dedos pulgar e índice. El nórdico, borracho de furia y rabia, se aferró al cuerpo rival y se levantó del suelo encharcado, propinando con el mismo movimiento un cabezazo en el rostro danés. Rió como un poseído, pues las valkirias cabalgaban de nuevo en torno a él, disputándose unas a otras el derecho de llevarse al guerrero más corajudo.

El danés cayó hacia atrás, semiaturdido, con los labios rotos y chorreando algo rojo que la lluvia borraba. Koll se aferró a él, como antes lo había hecho al palo mayor. Atrapó la mano diestra del enemigo e intentó arrebatarle la espada del puño. La mano herida le ardía en fuego y no podía utilizar los dedos dañados.

El danés se recobró y empujó a Koll, quien se afirmó sobre la baranda para no caer. Las valkirias gritaban su canción de guerra y gloria, ensordeciéndole, y una ola gigantesca se alzó sobre el barco.

De nuevo la vorágine, y al pronto se hallaban los dos guerreros bajo el mar, lejos del barco. Era aquél un mundo verdoso y fantasmal, animado por caprichosas tonalidades y profundos sonidos.

Descendieron, envueltos en una nube de burbujas, aferrando ambos la espada, intentando arrebatarla al otro por todos los medios. Koll, sintiendo los pulmones a punto de estallar, mordió en el cuello a su rival. Sus dientes encontraron una importante arteria y, al reventarla, la sangre ascendió en forma de oscuros y rítmicos hongos. El danés, entonces, abrió mucho sus ojos helados y se llevó las manos a la garganta por la que se le escapaba la vida. Así, finalmente, soltó la espada.

El arma cayó hacia el fondo, dibujando una trayectoria recta y un giro sobre sí misma en espiral.

Koll clavó en ella su nublada vista. Sentía que perdía las fuerzas, pero abandonó al enemigo y se impulsó con los pies hacia abajo, dando vigorosas y agónicas patadas. Cuando sus dedos rozaban el mango sintió que sus pulmones reventaban y el aire se le escapaba, sanguinolento, por la nariz y la boca. El mundo se oscureció y abrió la boca en un amargo sollozo, por fracasar tras el roce de la victoria.

Experimentó un súbito y violento tirón. Vio su propio cuerpo alejarse hacia el fondo del océano, lacio y pesado, persiguiendo, ya sin vida, la espada, aún con la mano rozando el puño que se

---

le escapaba.

Se sentía increíblemente ligero y pletórico de energías. Miró hacia arriba y vio una forma brillante, una mata de cabello dorado, una armadura plateada y azul que destellaba con reflejos antes imposibles, ahora ineludibles. Era una valquiria. Los dedos del ser le tenían aferrado por la nuca, sin causarle daño alguno. El caballo alado que los llevaba a ambos parecía hecho de oro y ámbar.

Koll se observó: estaba desnudo y su piel brillaba suavemente, como la gelatina bajo la luz de una vela. Tenía el cuerpo limpio de mugre y heridas. De hecho, jamás había experimentado aquella plenitud. Abrió y cerró las manos, sonriendo mientras los pececillos las atravesaban con indiferencia. Era un espectro, un ánima separada del físico muerto, y aquella convicción le llevó a reír como un niño.

La superficie se les acercó velozmente. De pronto se hallaron en el exterior del mar. Cuando Koll miró hacia abajo, contempló hundirse definitivamente los dos barcos en el océano embravecido.

Escuchó con increíble nitidez el crujir del trueno, el siseo de la lluvia y el ulular del viento. La luz de un relámpago le encegueció.

Al abrir los ojos, habían dejado atrás las nubes tormentosas. El cielo se les presentaba infinito, estrellado, límpido y glorioso. Brisas heladas traspasaron a Koll y a la valquiria, quien entonaba una canción triste y hermosa.

El aire se espesó, la realidad cobró densidad y se retorció como una maraña de serpientes. Aparecieron extraños colores de apariencia líquida que se arrastraban y difundían unos sobre otros, creando nuevas y fantásticas tonalidades.

Koll abrió la boca para hablar y se sorprendió cuando su propia voz pareció surgir de todas partes y de ninguna, llenando el Universo con su tono grave y sereno:

“¿Dónde nos hallamos, bella dama?  
¿Adónde me llevas?”

La valquiria le miró con ojos color rubí.

“Estamos traspasando los portales entre los mundos, guerrero. Aún hemos de cruzar Tres Regiones más. Entonces, llegaremos al País del Valhalla.

Koll de nuevo iba a preguntar, pero los colores desaparecieron súbitamente, como

animalillos asustados por una terrible bestia. Volaban sobre un Universo en el que sólo existían el blanco y negro. Diferentes tonalidades de ellos dos servían para dar forma a los habitantes de aquel lugar, hombres y mujeres achaparrados que caminaban sobre la superficie de un inacabable y fangoso mar.

Koll se miró una mano y vio que ésta era de color gris brillante. Tan sólo la valquiria y su caballo alado rompían la brutal monotonía con sus tonos dorado, azul y plata.

Ascendieron hasta encontrar una infinita bóveda cristalina, que atravesaron raudamente, sin dañar en absoluto su frágil vidrio. Koll comprendió que entraban en la segunda de las tres Regiones a las que antes se refiriera la valquiria.

Era un Cosmos helado, un desierto de nieve y escarcha sin fin. Fantasmales y curvilíneos icebergs se alzaban sobre un mar blancuzco, de sólida consistencia. Koll divisó unas figuras toscas y nervudas que les miraban y alzaban sus mazas y hachas hostilmente.

La valquiria se volvió hacia Koll y, aunque no abrió sus labios, o lo hizo tan suavemente que parecieron cerrados, su voz reinó sobre el helado silencio:

“Éste es el mundo de los Trolls, los Enanos y las Bestias del Hielo, todos bajo la sombra de su padre Ymir. Pelearon contra Nuestro Señor Odín y sus huestes asgardianas cuando los habitantes de este País intentaron invadir una Región que no les correspondía.

Los Enanos ascendían como montañas cristalinas y les aullaban huracanes. De sus barbas colgaban los glaciares y de sus grotescos labios se desprendían avalanchas. Poseían ojos intensamente azules, sin pupilas. Sus narices eran picachos, sus cejas cordilleras, sus poderosos músculos montes y valles sobre los que se trotaban aterrorizadas manadas de lobos, osos y ciervos.

Pero los Enanos, a pesar de sus estruendos y sus amenazas que alzaban tormentas de nieve, no pudieron alcanzarlos.

Les dejaron atrás y se enfrentaron a una espesa barrera de nieblas. Atravesaron el banco algodonoso y entonces observó el vikingo otro mundo, una Región en la que había bosques de extraños árboles y desiertos que no eran de hielo o arena. Por todas partes descubría hombres, mujeres, niños y ancianos que emitían un débil

---

fulgor. Andaban cansinamente, con la cabeza baja. Se dirigían en grandes filas hacia distintas direcciones, de manera al parecer caótica.

Koll preguntó.

“¿Quiénes son?”

“Almas perdidas. Están atrapadas entre la Vida y la Muerte. Dejaron tareas sin cumplir o se marcharon a destiempo. Nadie sabe lo que ocurre con ellos. Andan y andan, mendigando un destino en esta Tierra de Nadie.

Koll sintió profunda tristeza al contemplarlos, pues todo en ellos rezumaba desesperación.

La valquiria advirtió.

“Y ahora, cuidado. Pronto llegarás al Umbral del siguiente País y habrás de soportar la mirada de Hela, Señora de Todos los Finales. Si le complace lo que ve te dejará pasar a la siguiente existencia. Si no, quedarás atrapado con ellos en este mundo” Señaló a los espectros del suelo. “Extrae todo tu valor, guerrero, incluso el que no poseas”

Koll miró hacia el frente y su vista topó con un espeso muro de opacidad que se les acercaba.

Lo traspasaron. Entonces, el Miedo agarró al vikingo con puño de hierro.

Era aquél un mundo oscuro y tenebroso. No había más que calaveras y osamentas, figuras de ceniza, cementerios y túmulos. Columnas de negro humo se alzaban desde braseros herrumbrosos, dibujando monstruos de crueldad infinita. Mas, si espantosa eran aquellas criaturas y sus circunstancias, más insoportable resultaba descubrir que todas ellas eran partes de un gran y único conjunto, pinceladas del mismo lienzo: cada pedazo de negrura y cada criatura de pesadilla se conjugaba con las más cercanas y juntas, infinitas, creaban la eterna faz de Hela, Señora de lo Muerto.

Koll procuró escapar de aquella enloquecedora visión, pero en sus manos, en las calaveras, en las aceitosas volutas e incluso en las escamas de la cota de mallas de la valquiria se dibujaba el diminuto rostro de la muerte, como los reflejos de una efigie majestuosa y vesánica que dominara cada pedazo de aquella realidad. Koll trató de aguantar esta presión titánica, pero sollozó, desesperado. El temor se transformó en pánico sucio y pegajoso que le impedía pensar. Deseaba aullar, correr, volar, escapar de aquel

espanto ávido y chillón. Pero no podía. Y no debía. Agónicamente, buscó en su interior la fuerza necesaria. A pesar de no creer poseerla, la halló.

Entonces, el Rostro de la Muerte se difuminó. Su presencia ya no era manifiesta en cada sombra y cada luz.

Koll y la valquiria habían penetrado en un mundo brillante, cuya blancura se desparramaba sin frontera. Hela había quedado lejos, Koll había superado la prueba de la Señora Oscura y cruzado el Umbral de lo Muerto.

Ahora, estaba en el Más Allá.

Miró a la valquiria, quien guardaba silencio. La luz iluminaba sus facciones, confiriéndole hermosura y nobleza. También Koll se sentía de algún modo más fuerte y sereno.

Continuaron galopando en el Mar de Luz. Divisaron, lejana, una nube oscura y zumbante. El vikingo se interesó.

“¿Qué es aquéll?”

“Los enemigos del Valhalla, criaturas malignas y amantes de la tiniebla. Quieren conquistar este mundo y hacerlo suyo. Llegaron desde el Averno de Surtur, ejército tras ejército, horda tras horda, y emprendieron una guerra interminable. El deber de los guerreros del Valhalla es contenerlos y vencerlos en incontables batallas.

Koll clavó sus inmateriales ojos en el enjambre que se les aproximaba. El color de los seres oscilaba entre el ocre y el rojo y sus cuerpos parecían cubiertos de una carne húmeda y arcillosa. Aunque albergaban cierta consistencia, no guardaban estabilidad, ya que los brazos, las piernas, los tentáculos y los ojos aparecían y desaparecían vertiginosamente sobre cada musculoso cuerpo. Todos ellos formaban una sola unidad que se desgajaba arrítmica y caprichosamente. En la tormenta de formas, los rostros sonreían de manera avariciosa, mirándolo todo con ojos saltones, y entre los labios abultados aparecían hileras de finos y afilados colmillos y lenguas que lascivas culebreaban.

La valquiria espoleó a su caballo alado. El corcel galopaba y volaba rauda hacia la nube de espectros, que a su vez también parecían desear la lucha. Rugían excitados y se relamían las grotescas bocas.

La valquiria colocó el escudo circular en su brazo izquierdo y con la diestra desenvainó su

---

espada, forjada en metal que suavemente brillaba en tonos helados. La mujer guerrera cantó una canción que haría pedazos los corazones de los valientes y cargó sobre la muchedumbre.

Su espada zumbó en todas direcciones, rajando y aplastando los cuerpos de pesadilla. Aquellos cadáveres se deshacían entre nubes de pegajoso y oscuro humo que tardaban en desaparecer, como una suerte de ríos de melaza negruzca impulsados en caprichosas direcciones. Los demonios intentaban atrapar y acuchillar a la valkiria con sus afiladas garras, pero ella se defendía de los lances con el escudo y contraatacaba utilizando su letal acero.

Koll, a su lado, sobre la grupa de la montura, quiso también luchar, sintiendo de nuevo la furia del combate.

Un demonio se le echó encima y el vikingo sintió que aquella cosa lo empujaba hacia abajo y lo engullía. Le pareció estar bajo aguas, atrapado por los tentáculos de una bestia que deseara arrastrarle hasta su remota guarida. El ser gruñía y mugía espeluznantemente, y aquellos sonidos se escuchaban, como todos los del Más Allá, no en los tímpanos, sino dentro de la mente. Sin saber cómo, por puro instinto, Koll peleó y se debatió contra la bestia, vomitando rabia y coraje. De repente, estaba en el centro de una nubecilla fungosa que se deshacía en hilachas de un sucio escarlata. Sentía exultación, pues había vencido. Vio deshacerse poco a poco los restos de los cadáveres enemigos. La valkiria daba cuenta de los supervivientes. Incluso el caballo alado peleaba, aplastando a los espectros bajo los cascos. Los pocos monstruos que aún conservaban la vida huyeron en desbandada y la valkiria cesó su escalofriante canto de batalla.

Se acercó a Koll, llevando al trote a su inquieto caballo mientras envainaba la espada.

“Hemos ganado. Pero volverán. Si entras en el Valhalla, tu cometido será detenerlos una vez y otra, incansablemente”

Koll montó de nuevo sobre la grupa del corcel y asintió en silencio. Su rostro etéreo había tomado una expresión grave. Comenzaba a sentirse parte de aquel extraño universo.

Siguieron cabalgando en la blancura inacabable durante fugaces eternidades. En un instante determinado, descubrieron una lejana y grandiosa batalla.

Un ejército estaba formado por aquel tipo

de obscenas criaturas contra las que habían peleado y en el otro militaban fornidos hombres, enfundados en recias armaduras, que portaban hachas y espadas fantásticas. Había miles por cada bando.

La valkiria les señaló.

“Ahí los tienes: los Defensores del Valhalla. Ése es su sino: luchar sin descanso hasta caer o aplastar al enemigo”

“¿Quién ganará esta guerra?”

“Nadie. Es una lucha eterna. Lo que se busca es no perder”

La valkiria miró hacia el frente, entrecerrando los ojos, reflexiva, como rememorando sucesos lejanos.

“Hubo una época en que los Dioses Oscuros, aconsejados por El Señor de las Mentiras, El Ardiente, El Huido, Loki El Perverso, intentaron apoderarse de las Regiones Elevadas e incluso conquistar Asgard, el Reino de Luz. Fue entonces cuando Ymir y sus hijos se aliaron con los demonios de Surtur e innumerables y enloquecedoras criaturas se enfrentaron a los guerreros del Valhalla y los Países Superiores. Incluso Nuestro Señor Odín intervino en la lucha, comandando a su pléyade de Inmortales, a la vanguardia de los cuales marchaba Thor, El Tronante, de barba y melena rojas y ojos devastadores, empuñando su martillo Mjolnir. Fue una guerra corta pero devastadora. Las huestes del Submundo resultaron vencidas y retornaron, masacradas, a sus mundos de origen. Pero siguen atacando, aún cuando saben que perderán en el momento final. Es el Destino, que gobierna a hombres y dioses, el que ha impuesto esta lucha interminable.

“¿Adónde van las almas de quienes mueren en la lucha a favor o en contra del Valhalla?”

“Eso nosotros no lo sabemos. Quizá pasen a otras Regiones, superiores o inferiores. El camino de un espíritu no tiene fin, ni siquiera los dioses pueden librarse del infinito viaje de sus ánimas en busca de algo por lo que peleamos y sufrimos pero sólo llegamos a intuir.

Tras las enigmáticas sentencias, Koll guardó de nuevo un reflexivo silencio.

Observó la lejana muchedumbre. El brillo de los guerreros contrastaba con la oscura y terrosa piel de los demonios. Morían a decenas, tanto en un bando como en otro, y sus cuerpos se

---

convertían en niebla fungosa.

La valkiria se apresuró.

“Vámonos. Dejémosles a ellos con sus asuntos, que nosotros hemos de concentrarnos en los nuestros.

Cabalgaron y cabalgaron hasta descubrir una lejana esfera. A medida que se aproximaban, su superficie dejó de ovalarse y se transformó por fin en un plano e infinito muro que refulgía con el oro y el bronce en que había sido construido. La pared se hallaba enteramente cubierta por relieves que mostraban escenas de gestas y aventuras, entierros solemnes, coronaciones, bodas y banquetes.

Koll escuchó la voz de su guía.

“Tras este muro se encuentra el Valhalla. Mi cometido acaba aquí. Ahora, Los Que Contemplan y Deciden deberán juzgar si eres digno o no de penetrar en esta morada”

Koll frunció el ceño, preocupado.

“Pero no morí empuñando arma alguna. Quizá no me permitan entrar”

“De cualquier modo, has de permanecer aquí hasta que el Guardián de las Puertas del Valhalla te diga cómo debes proceder. ¡Adiós, guerrero, y que el Triunfo te acompañe donde quiera que vayas! Nunca dejes huir al valor, porque ése ha sido y será el corcel que más rápido y lejos te conducirá”

Koll se despidió de la bella dama. La valkiria espoleó a su montura y cabalgó hasta convertirse en un punto lejano y por último desaparecer, quizá en busca de otros guerreros valientes a punto de abandonar la vida terrenal.

El vikingo quedóse mirando el muro infinito, hipnotizado por los detallados y hermosos relieves que lo adornaban.

De pronto, aquellos dibujos se movieron, culebreando como con vida propia. El metal se deshizo y fluyó tal que un líquido, dibujando frente a Koll un portal gigantesco cuyos lados medirían, tal vez, más de trescientos pies. Dos puertas de un extraño metal plateado cerraban la entrada.

Una de las hojas se abrió, sin producir sonido alguno, y Koll atisbó por la estrecha abertura el interior del Valhalla...

...Vio mares verdosos e indómitos en los que navegaban majestuosos y rápidos barcos. Vio montañas blancas y fiordos de belleza turbadora, primaverales bosques donde abundaban las bestias

salvajes y praderas de fresco y verde césped en las que hombres y mujeres desnudos cantaban, reían, hacían el amor y conversaban mientras la brisa acariciaba sus cabellos. Vio compañeros de batalla apurando los cuernos de cerveza e hidromiel, narrando y escuchando sus aventuras y hazañas...

Aquellas imágenes llenaban su mente. En ellas, todo ser del Valhalla, vivo o inerte, poseía una consistencia y una firmeza ajenas a las cosas del mundo terrenal. Al mismo tiempo, una serena fuerza persistía en el aire, llenando al espectador de gozo y asombro.

Koll entendió entonces por qué los demonios de las Profundidades deseaban conquistar aquellas tierras. El Valhalla rompía y robaba el corazón de quien lo contemplara, despertando en el observador el deseo de volver una y otra vez, por muy lejos que se hallara.

Las puertas se cerraron y frente a Koll había un gigante. Al vikingo le dio la impresión de que había permanecido ahí durante mucho tiempo, confundido con el fondo de las imágenes y los relieves bronceos. El coloso le aventajaba en tres cabezas de altura. Tenía un cuerpo robusto y poderoso y su porte rezumaba decisión y orgullo. Vestía una majestuosa armadura de colores plata y oro. Apoyaba sus dos manos enguantadas en una espada de hoja recta, ancha y larga. Bajo el yelmo adornado con afiladísimos cuernos sus rasgos eran firmes y rectos. Lucía barba dorada y sus fríos ojos azules no tenían edad.

Su voz tronó en la vastedad.

“¿Quién eres y qué quieres, hombre?”

A pesar de la ansiedad, Koll respondió con aplomo.

“Me llamo Koll, hijo de Edric, hijo de Munsen. Fui un guerrero vikingo en la Otra Vida. Quiero unirme a los Defensores del Valhalla, pelear con ellos en sus batallas y triunfar o morir por este sagrado lugar”

El gigante le miró fijamente con sus helados y severos ojos azules. Koll hubo de hacer esfuerzos para no apartar la vista. Se sentía desvalido ante aquella figura terrible, pero recordó lo que le dijera la valkiria: “No dejes huir al valor, pues éste ha sido y será el corcel que más rápido y lejos te lleve”.

Decidió hincar espuelas a tan brioso caballo y alzó su blancuzca barbilla, altivo.

---

“¿Y bien, noble guardián? Estoy esperando tu respuesta”

Por los ojos del gigante cruzó un relámpago de furia y Koll experimentó terror. Le pareció hallarse ante una sólida montaña que en cualquier momento podía desplomarse entera sobre su cabeza. El Guardián contestó.

“Cuida tus palabras, hombre Eres osado y en el Valhalla admiramos esa cualidad. También moriste en lid, lo cual te honra. Pero, cuando llegó tu hora no empuñabas el glorioso acero y eso dificulta tu bienvenida al Valhalla. Deberás superar una prueba para entrar en esta morada.

“Dime qué he de hacer, Guardián, y empeñaré en tal tarea hasta la última onza de coraje y decisión”

“Koll, hijo de Edric, habrás de encontrar la Grieta que conduce a los dominios de Surtur el Maligno. Una vez dentro de ella, deberás tomar un objeto de gran valor y traerlo aquí. Si lo consigues pertenecerás al Valhalla y el Valhalla te pertenecerá. Si no, pasarás el resto de esta Existencia sirviendo al Averno y la Oscuridad.

“¿Y qué objeto es ése que debo traer? ¿Cómo podré llegar a esa Grieta?”

“No te contestaré a eso. Habrás de averiguar tú solo las respuestas, pues ellas también forman parte de la prueba. Sólo esto te revelaré: la solución tienes que buscarla en tu interior. Y cesa de preguntar. La calidad de tu deseo y tu valor decidirán el resultado de la prueba.

Koll asintió gravemente.

“Guardián del Valhalla, cumpliré mi cometido o sucumbiré en el intento. Nos veremos antes de lo que esperas... ¡Me despido de ti!”

El gigante asintió en silencio. Su figura se tornó borrosa, desapareciendo finalmente. Tras de él, las Puertas se deshicieron en un torrente de acero y bronce, volviendo a convertirse en parte del infinito muro.

La mirada de Koll encontró como por casualidad un relieve en el que se veía a sí mismo hablando con el Guardián. Comprendió que los inacabables dibujos mostraban todos los sucesos, trascendentes o banales, acontecidos en torno al mítico Reino. En aquel muro estaba escrita la Historia del Valhalla

Aunque maravillado, se obligó a concentrarse en su misión: debía comenzar una búsqueda imposible. Sus posibilidades de victoria

eran pocas, pero estaba dispuesto a esforzarse y no someterse jamás a la desesperación.

Se desplazó, flotando ligeramente en aquel mar de blancura. Moverse en él era como atravesar un suave fluido. A medida que se alejaba del gran muro éste fue curvándose hasta formar una esfera más y más pequeña.

Por fin, quedó solo en la blancura sin fin. Avanzaba hacia ninguna parte, buscando aquella gran Grieta de la que le hablara el Guardián.

Descubrió una confusa mancha que iba cobrando tamaño paulatinamente. Aquello que se le acercaba a gran velocidad era un grupo de criaturas monstruosas, parecidas a las que combatiera junto a la valkiria.

Contó al menos cinco de estos horrendos y rojizos seres, mas su número a veces se reducía o aumentaba al unirse y separarse sus cuerpos de manera caprichosa.

Koll sintió miedo. Estaba desnudo y desarmado y ellos eran mayoría, parecían poderosos y ágiles y poseían garras y colmillos afilados. Sintió la necesidad de huir, pero, comprendiendo que no tendría escapatoria al ser sus rivales más rápidos, decidió pelear hasta perecer, fuera cual fuese la forma de morir en este extraño mundo.

Cerró contra la jauría. Un latido antes del choque su carne azulada y translúcida devino cota de mallas, yelmo y botas. Una sección de su antebrazo izquierdo se expandió hasta conformar un bello y sólido escudo circular y de la palma de su diestra surgió una recta espada de brillante acero.

El guerrero, con un brutal rugido, los encontró lleno de una energía sobrehumana, la fuerza nacida del puro y ciego valor. Peleó como un enloquecido, repartiendo espantosos tajos que destrozaban las inmateriales criaturas, empujándolas con el escudo, resistiendo sus latigazos, arañazos y dentelladas, descargando el vigor de unos músculos imposibles, notando tronar la inmaterial sangre en sus sienas. Las criaturas chillaron y se deshicieron bajo el brillante zumbido de la espada.

Pronto, sólo quedó uno de ellos con vida, un ser globoso con más de tres ojos en su orondo rostro y brazos tentaculares. Koll lo aferró del cuello cuando el demonio ya huía. Su carne resultaba húmeda y algodonosa, dotada de cierta solidez. El vikingo apoyó la punta de la espada en

---

la barriga del ser, conteniéndose para no atravesarlo. Experimentaba un odio inexpugnable hacia aquella raza de abominaciones. Sus ojos despedían chispas y su rostro bajo el yelmo estaba contraído por la ira.

“¡Condúceme hasta la Grieta, demonio!”

El pánico del monstruo cedió y rompió a reír, agudo y burlón.

“Como deseas, estúpido. En la Grieta esperan mis hermanos, las huestes de Surtur. No podrás escapar de ellos y tu destino será tan horrible que suplicarás mil veces por que te demos un rápido final, y además renegarás otras tantas del Valhalla y sus moradores.

Koll sintió que su cólera crecía, pero contuvo el brazo.

“¡Vamos hacia ese lugar!”

“Antes, has de jurarme que, una vez allí, respetarás mi vida y me dejarás huír en paz”

“Y tú jurarás no descubrir mi presencia a tus amos una vez te libere”

El demonio se carcajeó.

“¡Claro que lo juro! ¡Por supuesto! ¡Puedes confiar en mí!”

Aquel mezquino y grotesco ente no respetaría su parte del trato y Koll lo sabía. Aún así, él sí mantendría su palabra.

“Yo juro soltarte al llegar a la Grieta, sin causarte antes daño alguno”

El demonio rió de nuevo, pero la mirada de su captor le ordenó callar. La punta de la espada lo obligó a avanzar y se pusieron en movimiento.

Flotaron en la Nada durante algún tiempo, siempre guiando el monstruo, echando mano de un espectral sentido de la orientación.

Pronto descubrieron en la lejanía las huestes de Surtur.

Eran gárgolas, grifos, dragones, krakens, demonios, trolls y mil y una especies más de criaturas horribles, que avanzaban como mares rojizos o enjambres de insectos compulsivos. Observándolos desde la distancia, Koll experimentó una profunda repugnancia: había algo ciertamente obscuro, cruel y malicioso en tales seres. El vikingo los imaginó como legiones de gusanos dispuestos a penetrar una manzana fresca y brillante e incubar en ella sus huevos hasta pudrirlos por completo.

Pronto divisaron la Gran Grieta. Al principio, sólo fue una línea lejana. Después, Koll

quedó asombrado de aquella gigantesca cuchillada en el tejido de la Realidad. Era la Grieta un amplio y sucio desgarró, una puerta abierta a los predios de Surtur. Por ella surgían, como mareas hambrientas, mareas demoníacas. La locura correteó en la mente de Koll. Debió emplear toda su fuerza de voluntad para no huír despavorido ante aquel espectáculo.

El demonio que le había guiado se buró de sus temores.

“Es un hermoso panorama, ¿verdad, hombrecillo?”

Koll no contestó, absorto en su tarea. Había de entrar en la Grieta y buscar un objeto de gran valor que él mismo desconocía. Pero estaba aún lejos de ella e intuía que, si se acercaba más, las huestes infernales terminarían por descubrirlo. Debía encontrar la manera de pasar desapercibido entre ellos.

Cuando ya comenzaba a flaquear su resolución, miró fijamente al gordo demonio que lo había acompañado hasta el momento y se le ocurrió una idea.

“Me llevarás en tu interior. Tu carne es algodonosa y puede albergarme, como si fueses un gran saco. Así, tus congéneres no repararán en mí cuando pase a su lado”

“No... ¡No puedes!”

Koll le pinchó ligeramente la rojiza y arcillosa garganta con la punta de la espada.

“Sí puedo. Y lo haré. Si tratas expulsarme o descubrir mi presencia te juro que desenvainaré mi espada y te rajaré de dentro a afuera. Mas, si obedeces mis órdenes te liberare una vez haya encontrado lo que vine a buscar, como antes prometí”

Sin esperar respuesta, Koll guardó su espada en la vaina y atravesó la piel del monstruo. Experimentó asco por hallarse dentro del demonio, tal que si se hubiera zambullido en una roja gelatina. El cuerpo del espectro resultaba ligeramente translúcido y, aunque le escondería de las miradas ajenas, Koll lograba contemplar lo que ocurría en el exterior.

El vikingo refirió sus secas órdenes.

“¡Muévete en la dirección que yo te diga! ¡Y no hagas nada sospechoso o por Odín Sagrado que te atravesaré con mi espada y de ti no quedará más que oscura inmundicia!”

Así, avanzando uno dentro del otro, pasaron entre las hordas infernales. Los horribles

---

soldados casi no se fijaron en el pequeño demonio, aunque varios capitanes, terribles guerreros enfundados en pavorosas armaduras, arengaban al espectro para que se uniera a sus compañeros de armas.

Lograron escabullirse hasta llegar al borde de la Grieta. Al mirar hacia el abismo, Koll experimentó vértigo y horror, pues en la profundidad brillaban los enloquecedores fuegos del Averno. Mas, conteniendo el pánico a duras penas, comenzaron a descender por las empinadas laderas de aquel terreno seco y ocre. Al poco, su asco creció al comprender que aquellas imposibles paredes eran sangre solidificada.

Evitaron una y otra vez a los ejércitos interminables que surgían del Otro Mundo. Koll buscaba con desesperación, más no hallaba ningún objeto que interpretara de gran valor.

Súbitamente, y al parecer sin una razón concreta, el demonio que le escondía echó a correr, chillando de manera histérica.

“¡Está aquí! ¡Dentro de mí! ¡Un enemigo de los nuestros! ¡Un rival de Surtur! ¡Un Defensor del Valhalla!”

Koll quedó al descubierto y ni siquiera pudo atrapar al traicionero ser antes de que éste huyera definitivamente. Alzó su espada, dispuesto a luchar hasta el final.

El que fuera hasta entonces su guía continuaba burlándose de él, a prudencial distancia, mientras comenzaban a llegar decenas y decenas de otras criaturas infernales, movidas por la alarma y la curiosidad.

“¡Prepárate para el tormento, pobre necio! ¿Acaso pensaste que yo mantendría mi palabra?”

Una pesadilla de escamosa piel, animada por gruesos músculos, agarró el cuello del pequeño demonio.

“¡Tú lo has traído hasta aquí, estúpido!”

El pequeño diablo se retorció bajo él, aterrorizado y servil.

“¡Mi señor, él me obligó! ¡No pude hacer otra cosa!”

Desdeñosamente, la imponente criatura golpeó y su lanza atravesó el rechoncho cuerpo, que pronto se deshizo en espesa humareda.

El guerrero vesánico, al menos el doble de alto que Koll, se acercó al vikingo con la lanza en una mano y un hacha de doble filo en la otra. Sonreía rabiosamente.

“Un Defensor del Valhalla... Estás muy

lejos de tu Reino, guerrero. Demasiado lejos”

Koll no respondió y, cuando su enemigo cerró con un rugido, aguantó a duras penas el hendiente protegiéndose con el escudo. Su espada desgarró el costado del rival. Por todo lamento, el monstruo lanzó una carcajada. La lanza traspasó la pierna izquierda del vikingo. Koll aulló con su imposible voz y, loco de furia y dolor, clavó su espada en la garganta del monstruo, que, entre gritos de sufrimiento y pánico, se deshizo como líquido verdoso y fétido.

Koll extrajo la lanza de su miembro herido, que sangraba un humor brillante. Cojeando, trató de escapar.

Pero, descubierta su posición, numerosos grupos de enemigos continuaban aproximándosele, mugiendo y silbando de satisfacción por haber descubierto tan valiosa presa.

Koll seguía retrocediendo, mas se le aparecía claramente que en poco tiempo sus antagonistas lo rodearían por completo y le destrozarían rápidamente, en el mejor de los casos. En aquellos ámbitos infernales ya no lograba desplazarse al vuelo, así que caminaba sobre estrechas cornisas y empinadas laderas, no resbalando de puro milagro. Si ello ocurriera se precipitaría al fondo del abismo, donde le esperaban aquellas horribles llamas que chisporroteaban con vida propia.

Una criatura de aspecto casi humano se le acercaba por su diestra, hollando la misma cornisa en que él estaba. El ser vestía co-ta de mallas, casco adornado con cuernos, botas de algo parecido al cuero y una túnica corta cuya forma y dibujos recordó a Koll los del pueblo vikingo. Enarbolaba en su cadavérica mano una espada larga y recta. Su rostro mostraba el tono de la ceniza y se estiraba, tan delgado que el reseco pellejo contorneaba los huesos. Del mentón y la coronilla colgaban varios mechones de pelo en resacas hilachas. Los ojos de la criatura eran totalmente opacos y había en ellos cierta y sucia maldad. Su voz ronca y profunda raspó la mente del vikingo.

“¿No me recuerdas, Koll?”

El aludido le observó con mayor atención. El horror subió por su garganta como una gorda araña que pugnara por escapar a través de su boca y le impidió contestar. El hombre cadavérico retomó la iniciativa.

“Soy Grimmur, aquél con quien com-

---

partieras juegos de infancia, en nuestra Escandinavia natal.

Grimmur había dejado el mundo terrenal dos años antes que Koll, en una incursión contra los irlandeses. Fueron buenos amigos desde niños, casi hermanos, y Koll no pudo reprimir las lágrimas durante su entierro.

Al fin, Koll salió del estupor.

“¡No es posible! ¡Tú deberías luchar con los Defensores del Valhalla, no del lado de sus enemigos! ¡Mereces un destino mejor!”

“Llevas razón, antiguo amigo, pero en una batalla los servidores de Surtur y Loki me atraparon y esclavizaron mi espíritu. Ahora, me veo obligado a pelear contra alguien a quien amé como a mi propio hermano. Mas no puedo evitarlo... ¡Defiéndete!”

Soltó una aguda y amarga carcajada y, demostrando una fuerza y una agilidad sorprendentes, lanzó un revés a dos manos que su contrincante paró con el escudo.

Koll no deseaba pelear contra Grimmur, o contra el recuerdo de Grimmur, pero al fin, entendiendo que no le quedaría otra salida, endureció su corazón y atacó.

Los muchos demonios y monstruos congregados alrededor del combate les arengaban, burlándose de ellos con voces odiosas. Koll, aunque debilitado a causa de su herida en la pierna, peleó con rabia, resistiendo la furia enemiga en principio, hasta volver las tornas a fuerza de enérgicos y rabiosos tajos y obligando a Grimmur a retroceder. Al fin, ensartó su espada en el pecho del antiguo amigo. Grimmur soltó un leve quejido y se precipitó al abismo, donde fue engullido por las llamas y el magma. Koll, empuñando aún la espada ensangrentada, le contempló desaparecer entre el fuego. Airado y entristecido, se encaró con las pesadillas que le rodeaban, dispuesto a sostener su última y absolutamente desesperada batalla.

“¡Demonios! ¡Venid por mí! ¡Nadie cantará mi final, pero, aquí, a las Puertas del Infierno, probaréis el acero del Valhalla!”

La muchedumbre se le acercaba, descolgándose o deslizándose por la cuesta, y tan bravo parecía aquel guerrero que ninguno osaba comenzar el combate.

Koll se fijó en que algo brillaba en el vacío bajo él. Era un destello metálico que había aparecido de la nada durante los latidos anteriores.

Lo reconoció como la espada del danés, aquella que perdió en el fondo del mar un instante antes de morir. Muy lentamente, el arma bajaba girando y girando sin cesar, directa hacia los abismos de Surtur y su compañero Loki, Príncipe de las Mentiras.

Quiso de nuevo apoderarse de ella. Si se lanzaba tras el arma caería directamente al Averno, donde le esperaban tormentos mil, no el menor de entre ellos la devastación del alma, como sufriera el desgraciado Grimmur. Mas, si elegía resistir allí, luchando contra los monstruos, tal vez encontrara un rápido y glorioso final.

Luchó contra el miedo y las corrosivas dudas. Y, gritando el nombre de Odín, se lanzó al precipicio.

Bajaba hacia la espada velozmente y a medida que se acercaba al codiciado arma el abismo iba transformándose en otro tipo de profundidad, esmeraldina y confusa. El fondo del mar tormentoso...

...Se sumergía para agarrar el acero, pateando furiosamente en las aguas heladas. La sangre escapaba por su mano destrozada, las costillas se le hincaban en la carne, los pulmones buscaban un aire que no llegaba. Ante él, la espada continuaba bajando lenta, lenta, lentamente, siempre lejana. Sus dedos casi rozaban el puño del arma. La vista se le nubló, mientras sentía el pecho como atravesado por afiladas cuchillas. De nuevo se le escaparía el arma. Sacando fuerzas de no supo dónde, se impulsó en un último golpe de sus piernas y estiró su cuerpo y su brazo. Abrió la boca en un grito rabioso y el agua inundó su garganta, su estómago. La mano se cerró en torno a la empuñadura, aferrándola con fuerza en el momento en que sus pulmones, al fin, reventaron. El vikingo había atrapado la espada.

El agua oscureció y tomó cuerpo, hasta convertirse en paredes de terrosa sangre seca. Koll, Defensor del Valhalla, se sintió lleno de energía. El arma, como si poseyera vida propia, tiró de él, hacia arriba, hasta sacarle de la Grieta.

Pronto ésta se encontraba muy lejos y Koll continuaba viajando, impulsado por la espada. Las hordas y ejércitos demoníacos le perseguían, ardiendo en furia. Enjambres de horrores sin nombre iban tras de él, alzándose sobre su cabeza como la gigantesca ola que está a

---

punto de engullir el frágil barco.

Koll deseó ganar rapidez, así que la sangre blancuzca de su pierna se transformó en un pardo y fuerte caballo del cual tomó las riendas con firme pulso. El corcel relinchó salvajemente y sus potentes patas redoblaron la velocidad de la huída.

Sin embargo, las garras de la vanguardia enemiga ya rozaban la cola del corcel y Koll podía sentir su fétido aliento en la espalda. Se volvió y vio que la muchedumbre se unía hasta formar un gigantesco gusano oscuro que abría sus fauces para atraparlo. Espoleó a su caballo, pues ya divisaba, lejano, el mítico Valhalla. También descubrió una legión de sus guerreros aproximándosele.

La serpiente a su espalda chilló de rabia y miedo y se desintegró en mil cuerpos más pequeños que enarbolaban frías y negras espadas. Los ejércitos chocaron en medio de la Nada como dos olas furiosas, conformando un mar de metal, furia y sangre. El vacío se llenó con el sonido del acero y los gritos de los combatientes.

Koll continuó cabalgando, pues aún debía entregar el objeto buscado y encontrado al Guardián del Valhalla.

Pronto se halló frente a él. Bajó del caballo, que se difuminó en una blanca nube, y, arrodillándose con dificultad, le entregó la espada.

“Aquí está, mi señor, lo que me ordenaste hallar. Te lo entrego con todo mi orgullo y toda mi humildad”

El Guardián recogió el arma y la guardó en una vaina de oro, asintiendo, complacido.

“Ahora has venido armado hasta las Puertas del Valhalla, tras llevar a cabo además una gesta que vivirá por siempre en los sueños de los valientes. Entra en el Valhalla. Disfruta de él y hónralo. Tuyo es el privilegio, tuyo el deber”

Las Puertas se abrieron y la Luz cayó sobre Koll, quien contemplaba el Umbral con el semblante severo y los ojos llenos de gloria.

Atravesando nubes de sangre, heridos, exhaustos y victoriosos, llegaron las huestes que asistieran a Koll, pues una vez que al guerrero se le aceptaba como un igual, resultaba intolerable abandonarlo en medio del peligro.

Penetraron en el Valhalla, envueltos en un poderoso aura.

Después, las Puertas se cerraron una vez

más.

Y lejos, muy, muy, muy lejos, en el fondo de un verde océano, el cadáver de un vikingo reposa sobre el cieno. Su cuerpo se deshace con extrema lentitud mientras los peces mordisquean caprichosos su azulada carne. La pesada cota de mallas y las bandas de metal en sus muñecas le impiden flotar hacia la superficie. Las suaves corrientes submarinas mecen su cabellera amarillenta. Las algas abrazan sus anchas espaldas, sus recias piernas y sus gruesos brazos. Poco a poco, la piel se escama y abre, las vísceras se hinchan y los pequeños carroñeros hacen su trabajo. Pero aquel guerrero muerto del fondo del mar aún conserva, empuñándola en la diestra, una recta espada nórdica.

Y ni los peces, ni los pequeños carroñeros, ni las algas, ni las mareas ni el azote del Tiempo lograrán arrebatarle aquel pequeño y débil pedazo de herrumbre metálica, porque sus dedos la aferran con una tozudez inaudita, una rígida voluntad, una persistencia que se diría ultraterrena, sobrenatural.

---

## Espejos Rotos

---

Por Marta Collell Font

**Entre las estrellas medran  
acunados en su orgullo  
entre los distantes muros  
de algún Olimpo.**

**Remotos y ausentes  
contemplan desde arriba  
las mañas y torpezas  
de nuestras glorias y caídas.**

**Espejos rotos de nuestras almas  
reflejados hasta el infinito  
grandiosos en sus virtudes  
ruines como nosotros.**

**Nada quieren, tomándolo todo,  
impacientes en la eternidad,  
nos ensueñan y dominan  
con el hechizo de su poder.**





## Sobre la necesidad de la hecatombe

Por Javier Ludeña

### I

Todos tenemos una noción de sacrificio ritual adquirida a través de la literatura y el cine -que no es otra cosa que literatura en imágenes-. Sin embargo, esa información nos ha llegado tan trivializada y estereotipada, que nadie puede entender actualmente el sentido de un rito semejante si no es en el contexto del sadismo o del asesinato. Cuando los nativos africanos en las películas de Tarzán capturan a los exploradores, su intención al sacrificarlos no parece otra que la de simplemente ejecutarlos, con el consiguiente clímax emocional para el espectador. Tres cuartos de lo mismo ocurre con los sacerdotes-dictadores de cierta literatura pulp, heredada en ciclos como el de Indiana Jones. Se podría pensar que un hombre sacrifica una res a su dios porque ese hombre es muy ignorante, o que mata a otro hombre y le entrega la sangre a los espíritus porque ese hombre es muy "malvado". Sin embargo, nada de esto puede ser tan simple. Podemos referirnos a textos sagrados de inestimable gravedad y volveremos a encontrarnos con menciones a sacrificios rituales, incluyendo la propia Biblia. Algo más ha de esconderse tras estas prácticas, y es de ello de lo que vamos a tratar en este ensayo, con la intención de hacer comprender la complejidad del tema, y de reivindicar, ya de paso, la absoluta necesidad y justicia de la realización de un sacrificio entendido como algo extenso y profundo.

### II

En la Naturaleza "unos" dan para que "otros" reciban. Nada se crea ni se destruye, como posteriormente han probado los físicos: en el Cosmos a cada causa le corresponde un efecto, a cada esfuerzo unos resultados, etc. La vida se renueva a sí misma, la muerte de unos seres es la supervivencia de otros. Cada gota de lluvia es aprovechada y nuevamente regenerada, cada ápice de energía es utilizado en vitales combustiones que generan a su vez nueva energía. Y así podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito. En todos los casos quedando bien claro que Todo parece responder a una misma premisa de mecanismo: se "saca" de algún lado para "meter" en otro, pero al final todo se conserva, aunque en otro estado.

El Orden invierte sobre sí mismo para abrirse camino, está constantemente canalizándose a sí mismo, como si nosotros pudiésemos arrancarnos trozos de carne para construir con ellos órganos nuevos que nos diesen cada día un aspecto diferente, al tiempo que nos asegurasen nuestra definitiva preservación. El Movimiento parece ser su único objetivo claro, lo único de lo que podemos estar seguros, al margen de teorías ontológicas que no pasan de ser eso, simples teorías. Tanto la Vida como lo que no es vida -el resto del Cosmos inerte- utilizan partes de sí (podríamos decir que entregan) para retroalimentarse de esas mismas partes y que el flujo de las cosas continúe. Tanto la Vida como lo que no es vida están constantemente pagando por ser, sacrificando unos elementos para que puedan ser posibles otros. A ese Orden no ha de preocuparle la pérdida de una vida, de una estrella, de una energía, de un estado de movimiento o de quietud, porque es ese mismo Orden el que se enriquece recibiendo la nueva existencia surgida a raíz de la muerte, de la explosión, de la combustión, en definitiva de la constante transición.

Entendido esto, debería de resultarle al lector ya muy intuitivo el descubrir el sentido básico que ha de tener un sacrificio. Coloquialmente todo el mundo tiene una idea clara de lo que es sacrificarse: entregar abnegadamente algo que nos es valioso. También tenemos todos una idea coloquial y común de las razones que llevan a sacrificarse, y coincidiremos en que muy a menudo tal entrega no supone una verdadera pérdida, sino un mecanismo o parte de unas medidas adoptadas en pos de un fin. Por ejemplo, sabemos que ante un

---

proyecto importante hay que trabajar y esforzarse, renunciando a realizar en ese mismo tiempo otras actividades que también nos pudiesen resultar queridas; sabemos que por cariño llegamos a hacer muchas cosas que no van con nuestras naturales tendencias, incluidas algunas que pudieran resultarnos incluso dolorosas, y así sucesivamente. Lo que dejamos de aplicar a una acción se aplica a la otra, que es la que más nos interesa, la privación de una cosa nos lleva a un refuerzo equivalente en nuestros esfuerzos por alcanzar otra, lo que es pérdida en un lado es reinversión por otro. Según todo esto, el trabajo que le dedicamos a la consecución de un objetivo también sería una forma de esta eterna transfusión de posibilidades.

Hasta aquí estamos reflexionando sobre algo que es muy interesante, pero que quizás no haya causado ninguna extrañeza. Nos parecerá acaso que todo es demasiado natural y que evidentemente para hacer un queso habrá que fermentar la leche, es decir, "trabajar" una materia para transformarla en otra. De acuerdo, pero yo podré responder a continuación con dos objeciones que espero que comiencen a dar a entender la complejidad de nuestro tema: primero, que "natural" no es una palabra que deba frenarnos en nuestro afán por comprender, sino que al contrario debiera de ser una invitación al descubrimiento, y segundo, y he aquí lo importante: que a menudo ese flujo no se produce dentro de una misma categoría de entidades. Dicho más explícitamente: a menudo el trasiego de probabilidades y certezas no se produce de energía a energía o de una materia a otra clase de materia. Ya en nuestros ejemplos coloquiales e intuitivos hacíamos referencia a sacrificios de tiempo que se materializan en trabajo, o en un plano sentimental podríamos hallar con facilidad sacrificios de un deseo (suceso estrictamente emocional) que se convierte quizás en fortaleza (como estado mental y corporal), en ahorro (hecho económico), etc, etc. Esto último (no los ejemplos en sí, sino la afirmación) sugiere que el objeto sacrificado y el fin del sacrificio no han de tener una relación de naturaleza tan inmediata como en un principio pudiera parecer, como en el caso del trabajo o transmisión de energía. A menudo lo sacrificado pertenece a una clase cuando lo que se pretende es de otra muy distinta, y el abanico de relaciones entre lo que es susceptible de ser sacrificado y el sentido de dicho sacrificio comienza a ser infinito

Ahora dejémosnos de argumentaciones tan prosaicas, y ascendamos a un plano más general, más cósmico. Volvamos a lo nuestro, al mundo de lo mítico.

### III

El hombre tiene una necesidad imperiosa de trascendencia a causa del miedo a lo desconocido y al futuro, en consecuencia esa necesidad de trascendencia crea el Mito. El Mito concebido como imagen o relato que interpreta lo que físicamente es, y le da apariencia de ser más valioso o más atractivo. De esa forma, la fuente de ese miedo se convierte en fuente de posible protección. Al mismo tiempo el hombre únicamente puede interpretar el mundo a través de categorías, y el Mito constituye así mismo la más básica de esas categorías.

Sobre estas categorías se podrían contar muchas anécdotas. No olvidemos ni por un momento un hecho que habría que subrayar en rojo: estamos refiriéndonos constantemente a culturas arcaicas con un grado de desarrollo científico rudimentario y que aún carecen de la noción de historia. Sin embargo, incluso en una civilización ya avanzada e histórica como la nuestra, es igualmente cierto que ese sentido de lo cronológico e irreversible es bastante engañoso y limitado. Está comprobado que la memoria colectiva no conserva recuerdos históricos reales de acontecimientos más allá de los cien o doscientos años. Pasado ese tiempo, el hecho histórico se pierde y es sustituido por una imagen idealizada, por una reducción a una enésima manifestación de un modelo o categoría previo: otra vez el mito. Para aclarar más este punto, podríamos poner muchos ejemplos, comenzando por el recuerdo mitificado que conservamos de Alejandro, Julio Cesar, Carlo Magno e incluso ya Napoleón, seres humanos completos y dirigentes de colectividades sociales, reducidos a una mínima expresión común (y mítica), como si esa comunidad fuese posible dadas sus diferentes idiosincrasias y entornos, esa identificación del desastre con algo abstraible en la metáfora del Dragón o la constante clasificación de los fenómenos en tipos de bien y mal. Así pues, y pese a todo, el ser humano no es un animal histórico, y su apego a lo pasado, a las cronologías y a los vestigios debe de ser explicado con relación a ese antedicho terror al futuro y ese deseo de trascender, y no a una predisposición

---

fisiológica, cuando estamos viendo una y otra vez en carne propia que nuestro cerebro no está en modo alguno preparado para aprender de la Historia.

A este nivel de esencialidad de las creencias, en cada una de las civilizaciones concurren las repeticiones de los actos cíclicos. El hombre no hace más que repetir actos míticos trascendentes que fueron llevados a cabo dentro del mito. Como se trató de expresar en el anterior artículo, únicamente los actos que son reflejo (o imitación) de un acto primordial mítico tienen importancia para este hombre sin posibilidad de historia. Entre ellos podemos distinguir entre actos profanos y rituales. El ritual, conviene volver a decirlo, es el modo que tiene el hombre de participar en el hecho mítico y, por qué no repetirlo de nuevo, ese hecho mítico es el reflejo "modelizado" de una realidad absoluta inasequible a cualquier otro tipo de comprensión.

Pero basta de divagar, ha llegado el momento de juntar las piezas. Es precisamente el plano de lo mítico el más propicio para una comprobación de nuestro descubrimiento principal en este ensayo. En un Cosmos en el que toda acción tiene otra equivalente pero de clase superior, trascendente, mítica y por lo tanto esencial, la existencia continua de esa transmisión de esencias entre posibilidades y certezas que describimos en el punto II de este ensayo, no debería sorprendernos. Evidentemente, también este flujo y reflujo de las cosas es un acto mítico, y evidentemente cada una de las diferentes manifestaciones de estos movimientos, por muy distintos que puedan parecer en la forma, son simples instanciaciones de una categoría primordial única. La energía se transforma de unos tipos a otros, la vida se transmite y una aplicación emocional nuestra nos lleva a un determinado resultado, pero en todos los casos citados y en cualquier otro, el acto de esa entrega que se transforma en otra cosa es siempre idéntico en el plano mítico, la aplicación de este principio universal es siempre el mismo. Y este acto mítico, digámoslo ya, no es otro que el de la mismísimo principio, el del momento de la Creación, el momento en el que se produjo el movimiento primero y más importante, en el que todo surgió del Caos (quizás de la Nada) y fue entregado a un ordenamiento paulatino con un sentido total aunque imposible de adivinar.

Entendamos creación no necesariamente en un sentido religioso. Pensemos en ello como en un momento hipotético inicial en que todo echa a andar, en el que comienzan todos los movimientos.

El sacrificio es ante todo un ritual, y como tal ya es una representación del hombre por medio de la cual él también participa de un mito, en este caso concreto participa del instante de la Génesis. No es sino la imitación en el plano humano del sacrificio primordial celebrado en la creación para dar nacimiento al mundo. Por otro lado, el sacrificio es una entrega, y todo lo que se entrega ha de ir a parar a algún sitio. De esa manera que ya hemos comprendido, en la entrega reforzamos nuestras posibilidades aplicadas a un proyecto mayor, como por ejemplo sobrevivir.

Por medio del ritual del sacrificio el hombre imita al Universo y a la Vida en ese constante dar para renovar, para eternizarse. Así el hombre entrega lo que tiene y lo que es en sí mismo para aprovechar la "energía" liberada y aplicarla a otra cosa. Este es también el principio elemental que hace en cierto modo también funcionen los llamados rituales mágicos. El practicante de rituales no está haciendo otra cosa que aportar su sacrificio, en la forma no dolorosa de trabajo, atención, intensidad emocional, etc., pero igual de cierta que si en lugar de ello estuviese dando su sangre. El sacrificio esencialmente puede venir dado en cualquier forma, se pueden realizar ofrendas de muy variado tipo, desde manifestaciones tan íntimas como las ahora insinuadas, a otras más materiales y evidentes. ¿No dijimos que lo sacrificado no tenía que ser de la misma naturaleza que aquello que tenemos por fin a alcanzar? Entonces no tendría nada de extraño que por medio de la entrega de una parte de la cosecha o de la vida de un carnero se pueda pretender un devenir positivo en una empresa o en una batalla. Volvamos al plano mítico y démonos cuenta de lo que esa "destrucción" significa. La vida del carnero no puede perderse, ya que conocemos que eso no ocurre ni puede ocurrir. Conocemos lo que ocurre con la carne del animal muerto, pero eso no explica a dónde a ido a parar esa esencia tan escurridiza de definir que era la vida en sí de la pobre bestia. ¿Por qué no a nuestras mismas manos, ya que como oficiantes estamos ejerciendo el papel mítico del demiurgo, y el demiurgo es el que dispone de lo que habrá de ser?

La naturaleza propia del sacrificio en sí ya implica un par de cosas. A saber: para empezar que lo sacrificado ha de ser valioso, o de lo contrario no tendría ya el sentido que conocemos y no significaría nada. Por eso cada pueblo y cada cultura ha sacrificado siempre y sistemáticamente aquello que era verdaderamente importante. Un pueblo primitivo, dedicado por completo a la agricultura y a la ganadería y

---

sin más intenciones existenciales que esas, tendría básicamente como objetivo deseable la recolección de buenas cosechas, la benevolencia del clima y los elementos, y la estabilidad de su entorno, convivencia con otros pueblos, etc. Y para ello, dado la vital importancia de lo perseguido, el objeto a sacrificar ha de ser del mismo calibre, algo básico, como por ejemplo parte de la anterior cosecha, la vida de sus animales e incluso la propia vida humana, que es en última instancia lo más caro que el hombre posee.

El sacrificio de seres humanos ha de ser visto con esta misma asepsia, sin sentimentalismos ni embrutecedoras novelizaciones. No hay nada parecido a la maldad en lo contado hasta ahora, y la entrega de algo tan importante como la vida ha de ser tomada en su plenitud y grandeza. Repitamos que en el plano mítico el sacrificio es algo necesario, y que si se entrega la vida es precisamente porque se la valora. El hombre celebra por lo tanto el ritual, y acoge con entusiasmo su realización en lo humano en tanto que intuye su importancia en lo arquetípico, y lejos de regocijarse en la destrucción en sí, ve más allá la trascendencia del hecho y sabe que en cierto modo se está creando. Cuando se trata de un sacrificio humano, la vida humana entregada es reverenciada y reconocida en su completo valor, pues de lo contrario el sacrificio no sería tal. El sacrificio implica una pureza, tanto en el oficiante como en lo que se ha de sacrificar. Aparte queda la incompreensión del hombre moderno y occidental, su maniqueísmo y su insulto a las nobles costumbres de los pueblos que le son extraños. Nada que ver con los villanos de un film de Indiana Jones, ni con el sadismo de la tortura por la tortura.

Pero no es sólo lo que se representa sobre un altar lo que ritualmente tiene este significado. El ser humano ahistorico ha desarrollado más elementos de origen claramente mítico que refuerzan mi teoría. En la ceremonia de la creación el tiempo queda claramente dividido en dos partes, una previa, que es que míticamente borrada o destruida -la creación, por definición, es el principio, y Nada puede ser antes de que Todo haya empezado-, y otra posterior, que será un tiempo nuevo, en el que todo vuelve a comenzar. La regeneración del tiempo por medio de la creación del calendario -fiestas de los equinoccios, año nuevo, etc.-, son demostraciones de este constante renacimiento del mundo y del hombre. El Cosmos con sus acontecimientos cíclicos ya parece sugerir una postura como ésta, y el hombre primitivo, que es el único hombre natural, la reconoce tanto como si se tratase de una verdad sólida. Las generaciones se suceden, y cada una de ellas vuelve a recrear el drama de la humanidad y a regenerar la sociedad, las cosechas se suceden, y cada una de ellas levanta su tabú en la época de la recogida, etc.

Porque la existencia para los pueblos primitivos se considera como una decadencia por medio del sacrificio el hombre regenera también el tiempo y de esta manera renace, expía todos sus pecados y escapa de esa historia que le es imposible, se purifica, limpia el "pecado" y se reintegra en la pureza elemental de cosas.

## IV

Por todo ello, es necesario aprender con serenidad y seriedad la lección que el sacrificio. Ahora más que nunca, el hombre moderno, perdido y desarraigado, separado de lo mítico y atrapado en cárceles conceptuales de incompreensión y materialismo, ha de regenerarse de nuevo. Renovarse o morir. Esa existencia que es constante decaer llegó a su cima hace tiempo y actualmente la humanidad declina. Sólo por medio del sacrificio ritual puede el hombre volver a encontrarse. Este sacrificio es justo y es necesario. Es imprescindible una próxima hecatombe, un holocausto liberador y rejuvenecedor. Esta afirmación no ha de ser considerada como una declaración de simpatías políticas con ninguna tendencia dudosa. Cuando hablo de holocausto, lo hago como sinónimo de sacrificio y tan sólo en ese sentido. El hecho de que esta entrega, que para la siguiente humanidad que nos siga ha de ser vital pues su destino depende de ello, sea o no un sacrificio humano, es algo en lo que no voy a entrar. Todo depende de cómo se mire. Si la pureza del acto ritual requiere que lo que entrega haya de ser valioso para el o los oficiantes, se podría considerar que un sacrificio humano entendido como la destrucción de una parte geográfica, étnica o social del mundo, no sería válida. El sacrificio ha de costar, y a nuestro cómodo mundo civilizado, por muy duro que resulte decirlo, puede prescindir y prescinde constantemente de la vida de los más desfavorecidos. Al contrario, si digo que es necesario un sacrificio, estoy diciendo que la humanidad debe pagar, debe entregar algo que le sea

---

verdaderamente querido, volviendo a colaborar en el orden y recreando una vez más el principio, expiando así estos miles de años de historia aberrante y recomenzando un nuevo ciclo. Es algo que habrá de ser hecho, o estamos perdidos.

El futuro habrá de pasar por un gran sacrificio ritual, o no podrá llegar a ser.



---

## Sic Transit

---

Por José Carlos Canalda

Despertó bruscamente, sin la menor transición entre el sueño y la vigilia, y sin poder recordar dónde se hallaba. Estaba tumbado de espaldas y desde la posición en la que se encontraba tan sólo podía ver un cielo gris y uniforme carente del menor matiz que pudiera diferenciarlo en todo el campo visual que era capaz de percibir sin mover la cabeza.

Intentó parpadear de una manera instintiva sin poder lograrlo a pesar de sus esfuerzos; parecía como si tuviera pegados de alguna forma los párpados impidiéndole cerrar los ojos. Molesto por la situación se incorporó hasta quedar sentado; esta vez consiguió su propósito sin ningún problema, pero a costa de escuchar un chirriante sonido, procedente al parecer de sus propias articulaciones, similar en todo al de una carraca.

Decididamente algo extraño estaba pasando, puesto que no recordaba que nunca sus huesos hubieran sonado de tan desagradable manera; algo que tuvo ocasión de constatar en cuanto pudo observar su propio cuerpo desde su nueva postura... Un cuerpo reducido a un limpio esqueleto.

Completamente aterrado volvió a fijar su mirada en aquella negación de la racionalidad: el hueco armazón de las costillas, la vacía pelvis, los largos huesos de las piernas rematados por la filigrana ósea de ambos pies... Y cuando alzó los brazos pudo comprobar también que de los mismos tan sólo quedaban los huesos descarnados, desde el húmero hasta las últimas falanges.

No podía ser; tenía que tratarse de una pesadilla. ¿Cómo iba a poder estar viviendo -y sintiendo- siendo tan sólo un amasijo de huesos? Aquella situación, por lo grotesco de la misma, desafiaba frontalmente a la lógica más elemental. Daba, pues, por hecho que despertaría en cualquier instante recordando vagamente tan macabra ensoñación.

Pero no despertaba. Con un gesto de

irritación alzó la garra en la que se había convertido su mano y la llevó hasta el lugar en el que debería haberse encontrado la cara; un seco choque de huesos, tal como si de unas macabras maracas se tratara, fue todo cuanto pudo percibir. No sólo veía sino que también oía... Y palpaba, puesto que incongruentemente también contaba con el sentido del tacto, un tacto extraño que le informaba de que estaba tocando un duro hueso con la ¿mano? al tiempo que sentía un roce frío y seco en la ¿mejilla?

A falta tan sólo de constatar la persistencia del gusto -acababa de percibir que en el ambiente que le rodeaba flotaba un tenue olor dulzón- descubrió con perplejidad que seguía sintiendo sus sensaciones de forma tan normal como siempre... Lo cual acababa, por supuesto, de redondear el absurdo.

Imbuido en el convencimiento de que debía de tratarse de un extraño sueño, procedió a realizar una sencilla comprobación. Primero con cuidado y posteriormente con determinación, se llevó un dedo a uno de los dos ojos, encontrándose tan sólo con la órbita vacía. Podía palparla, podía seguir sin el menor inconveniente el borde curvo de la misma, pudo incluso introducir totalmente el dedo en su interior; luego, como ya sospechara, no tenía ojos sino tan sólo dos cuencas vacías. Su cabeza era tan sólo una calavera.

-Un momento. -se dijo- Si no tengo ojos, ¿cómo puedo ver? Y, si a pesar de ello, sigo manteniendo todas mis capacidades sensoriales, ¿cómo puede ser que no note que me estoy metiendo el dedo en el ojo?

En realidad, sentirlo sí lo sentía. Para empezar había perdido la visión del *ojo* investigado, sustituida por un emborronamiento traslúcido, mientras sentía también en el mismo una extraña sensación similar a si le estuvieran hurgando en su interior... Que era justo lo que estaba haciendo.

Cada vez más confuso se *sacó* el dedo del

---

ojo desapareciendo inmediatamente el hormigueo que le invadía, al tiempo que comprobaba con alivio cómo recobraba la visión momentáneamente perdida. Cambiando de táctica se llevó la mano al pecho introduciendo sin dificultad los dedos entre las descarnadas costillas... En esta ocasión la impresión fue similar: notaba cómo sus dedos tocaban huesos vacíos y, simultáneamente, descubría una extraña opresión allí donde debieran haber estado los pulmones.

Armándose de valor introdujo violentamente el puño cerrado por debajo del desnudo esternón; nada nuevo ocurrió en lo que se refería a su mano, pero un vivo dolor de estómago -¿cuál estómago?- le hizo desistir rápidamente de su experiencia.

Bien, todo parecía estar bastante claro dentro de su evidente falta de sentido: Todo era *normal* cuando tocaba -había hueso donde la vista le decía que debía haberlo- pero no cuando era tocado, ya que entonces su cuerpo -extraña palabra en estas circunstancias- se empeñaba en seguir recordando la perdida fisonomía.

De repente se le ocurrió una nueva idea: Alzando la mano hasta la altura de su vista comenzó a flexionarla de distintas maneras. El delicado encaje de sus falanges se movía con toda facilidad y respondía a sus deseos exactamente igual que una mano normal; sólo que ésta no tenía ni músculos que pudieran accionar las articulaciones ni piel que los cubriera, sino sólo huesos, pareciéndole como si estuviera contemplando su mano a través de una pantalla de rayos X.

Pero si no había nada que los sujetara, ¿cómo era que los huesos permanecían ligados entre sí? -pensó de pronto- Pero también aquí era fácil salir de dudas. Con su otra mano asió uno de los dedos -de nuevo volvió a tocar hueso- y tiró de él, viendo perplejo cómo se lo arrancaba con toda facilidad sin tener que vencer más que una pequeña resistencia inicial. Preocupado repentinamente por su *mutilación* volvió a colocar de un modo bastante torpe el miembro amputado en su sitio, viendo con alivio cómo éste se acoplaba con toda naturalidad en la posición que le correspondía a pesar, incluso, de la desviación con la que él lo había situado.

-¡Vaya! -se dijo con sarcasmo- Algo es algo; al menos sé que si tropiezo y me desbarato

podré ser capaz de armarme de nuevo sin necesidad de ayuda.

Pensando con resignación que mientras la pesadilla durase -y tenía todo el aspecto de querer durar bastante- lo mejor que podía hacer era disfrutar en lo posible de ella, se encogió de hombros o, por hablar con una mayor propiedad, de clavículas, dando por terminada la inspección anatómica al tiempo se que dedicaba, por vez primera, a estudiar su más inmediato entorno.

En realidad no había demasiado que ver. Todo era gris, gris uniforme. El cielo, como ya había tenido ocasión de comprobar -y no eran nubes de ningún tipo, era un firmamento completamente diáfano carente, por cierto de sol y de cualquier otro astro-, y también la tierra, una tierra reseca y granujienta similar en todo a la ceniza, la cual se extendía sin grandes accidentes orográficos -tan sólo algunas pequeñas lomas- en todas direcciones hasta alcanzar el impoluto horizonte.

Aunque en un primer momento le había parecido que todo este paisaje estaba completamente desierto, una inspección más detenida del mismo -su vista, según pudo comprobar, era ahora mucho más aguda de lo que había sido nunca- le reveló la existencia de unos pequeños bultos que se movían cansinamente en la lejanía. Sin saber cómo descubrió que su visión era también telescópica, encontrándose sin más que deseándolo con un primer plano de los otrora lejanos objetos.

Eran esqueletos en todo similares a él mismo, y todos ellos acarreaban unos bultos oscuros y oblongos que no sin trabajo pudo identificar como ataúdes. Todos llevaban uno, aunque el medio de transporte variaba bastante de unos a otros: algunos había que los llevaban a hombros, aparentemente sin demasiados esfuerzos; otros los arrastraban, otros por último los empujaban penosamente sin lograr desplazarlos sino unos escasos metros... Había quienes lo hacían con evidente facilidad mientras que otros, por el contrario, parecían encontrar sumamente trabajosa su tarea a juzgar por lo torpe y lento de su avance. Pero todos, absolutamente todos, parecían estar animados de un frenesí que, independientemente de sus dispares ritmos, les impedía detenerse siquiera un solo instante.

De pronto logró identificar el olor que tanto le había intrigado y que parecía inundar todo

---

el ambiente: era el hedor de la putrefacción y de la muerte. Eran muchas, sin duda, las preguntas que se agolpaban en esos instantes en su mente, pero no había tenido tiempo siquiera para plantearse las cuando una voz a sus espaldas le hizo volverse tan rápidamente que a punto estuvo de descoyuntarse el cuello tirando por tierra su descarnado, aunque todavía válido, cráneo.

-Bienvenido a casa, hijo mío. -había dicho la voz.

Aunque su intención original había sido la de interrogar al inesperado visitante acerca de su identidad, le bastó una somera mirada para descubrir lo innecesario de su pregunta. Sabía de sobra de quién se trataba y a qué había venido este esqueleto revestido de holgada mortaja y con el cráneo enfundado en un amplio capuchón, esqueleto que completaba su conocido atavío con la guadaña que asía con una descarnada mano y la doble ampolla de vidrio de un reloj de arena que soportaba en la otra... Y se rió, aunque sólo fuera por lo absurdo de la situación y también porque repentinamente había dado en imaginárselo, erguido en una tumba abandonada, tocando con un violín las ásperas notas de la Danza Macabra de Saint-Säens mientras él bailaba frenéticamente en torno a él usando como xilófono sus propias costillas y como baquetas los huesos de sus brazos.

-Celebro que te tomes este trance con tan buen humor, hijo. -insistió la macabra aparición al tiempo que esbozaba una horrible mueca que, de haber estado cubiertas de carne sus mandíbulas, quizá hubiera podido ser interpretada como una sonrisa.

-¿Dónde estoy? -pudo balbucear al fin sorprendiéndose en su fuero interno de poder articular palabras a pesar de que, y de eso estaba completamente seguro, carecía también de cuerdas vocales y de lengua.

-¿Dónde vas a estar? -simuló extrañarse la Parca- Donde te mereces, por supuesto.

-¿Acaso estamos en el...? -se interrumpió, incapaz de terminar su pregunta.

-¿En el infierno? Bueno, supongo que podríamos denominarlo así, aunque quizá sería más correcto corregir el artículo: éste es tan sólo un infierno, uno de tantos existentes, aunque he de confesarte que nunca me ha gustado demasiado esta palabra; yo prefiero llamarlo *casa*. Es más... digamos familiar.

-Pero yo... ¿Estoy condenado? - ciertamente nunca había sido nada religioso, pero precisamente por ello ahora se sentía ahora mucho más confundido e indefenso; amén de que no recordaba en modo alguno haber fallecido, por lo que no podía entender qué era lo que hacía allí.

-Me temo que sí. -fue la divertida respuesta de Ella- Es evidente que estás aquí, y los de Arriba no suelen equivocarse en sus decisiones.

-No puede ser; yo no he muerto todavía.

-Eso es lo que decís todos; pero resulta evidente que aquí nunca llega nadie vivo. -se burló con crueldad- Así pues, intenta sacar tus propias conclusiones.

-¡Pero si no lo recuerdo! -gimió con desesperación.

-No te esfuerces en comprenderlo; -se compadeció la Muerte adoptando un tono de voz algo más conciliador- ninguno de los que estáis aquí podréis jamás recordar vuestro pasado.

Era cierto. Olvidándose de su poco halagüeño presente intentó centrar su atención en su pretérito, en su vida normal antes de encontrarse en tan horrible lugar; mas sus esfuerzos fueron completamente baldíos a pesar de lo denodado de los mismos. No recordaba absolutamente nada anterior a su reciente despertar, era como si su memoria hubiera sido borrada en su totalidad desde su nacimiento hasta el instante mismo de su -y se estremeció al pensarlo- indiscutible muerte.

-¿Lo ves? -se burló de nuevo la de la guadaña adivinándole los pensamientos- Todos reaccionáis exactamente igual, y a todos vosotros os tengo que insistir una y otra vez en que abandonéis toda esperanza... Esto es para siempre -concluyó con voz cavernosa.

-No es justo... -porfió con obstinación aferrándose desesperadamente a lo que le pareció una débil esperanza- ¿Cómo puedo purgar unos pecados que desconozco? ¿Cómo sé, siquiera, si los he cometido?

-Los cometiste. -zanjó lúgubrementes su veredicto- Y por ser culpable de ellos es por lo que estás aquí; te aseguro que no hubo la menor posibilidad de error en tu sentencia. Y en cuanto al desconocimiento de tu pasado, esta circunstancia no sólo no te exime de tus culpas sino que supone un castigo más, quizá el más cruel de todos; pues saberte culpable y pagar por ello sin que nunca puedas recordar por qué, es sin

---

duda la peor penitencia con la que puede cargar alma alguna.

-Me niego a aceptarlo -su defensa era cada vez más débil.

-Tendrás que hacerlo, te guste o no. Y me vas a disculpar si no te dedico más tiempo, pero no eres tú el único recién llegado al que tengo que atender, por lo que me gustaría abreviar el procedimiento.

-¿Qué procedimiento?

-Muy sencillo. ¿Ves esto en lo que estoy sentado?

-Y él se fijó, por vez primera, en que el improvisado asiento de la Parca era un destartalado ataúd.

-Sí, es el tuyo; -le respondió adivinando su muda pregunta- Y aquí están encerrados todos tus pecados... Es una especie de caja de Pandora que nunca podrás abrir, pero a la que estás condenado a cargar durante toda la eternidad.

Entonces comprendió la razón por la que todos aquellos esqueletos acarreaban un ataúd, unos más desahogadamente que los otros; porque ni todos los pecados eran similares, ni todos habían sido igual de pecadores en sus respectivas vidas. Allí estaban los príncipes y los mendigos, los ricos y los pobres, los viejos y los jóvenes... Todos aquéllos cuyas vidas habían tenido un balance negativo, confundidos en la absoluta igualdad de sus esqueletos, acarreando sin pausa el fruto de sus pecados. Y él era ya uno de ellos.

-Abreviaré. -le interrumpió la Muerte- Tienes completa libertad para deambular a tu antojo por este mundo, aunque lo cierto es que no tiene demasiado que ver. Eso sí, deberás cargar siempre con tu penitencia, es decir, con tu ataúd, sin que te esté permitido descansar un solo momento. También te está prohibido reunirte con los otros pecadores, con los que no podrás cruzar ninguna palabra. Éste es tu castigo: trabajo, soledad y silencio.

-¿Y si me niego?

-Inténtalo siquiera; nunca lograrás liberarte de tu destino. Nunca. Y éste es el de errar con tu castigo a costas por toda la eternidad. Pero ya me he demorado bastante; hasta nunca.

Y desapareció. Inmediatamente sintió como una fuerza irresistible le impelía a cargar con su ataúd -por fortuna el peso era relativamente soportable- y a emprender una marcha que sabía no le habría de conducir a ninguna parte. Pero

sabía, también, que nunca podría detenerse, que nunca podría descansar, que nunca podría, ni tan siquiera, morir.

Ha pasado el tiempo. ¿Cuánto? Nunca lo podrá saber, puesto que en la Eternidad tal concepto no existe. Tal como hiciera desde el primer día continúa acarreando su ataúd, que es lo mismo que decir sus pecados, por los caminos sin final que surcan el desolado y anónimo planeta gris; un planeta que nunca sabrá cuantas veces ha recorrido ya, puesto que la falta total y absoluta de la más mínima referencia es un castigo más a sumar para sus desgraciados moradores. Ahora sabe que son muchos sus compañeros de infortunio, pero sabe también que tiene completamente prohibido acercarse a ellos -tan prohibido como detenerse a descansar siquiera un instante, tan prohibido como abandonar su pesada carga- en lo que constituye la soledad más absoluta. Tan sólo se ha de limitar a verlos pasar en la lejanía, hermanados como están en el completo anonimato de sus descarnadas osamentas, pero eso no le importa demasiado cuando ni tan siquiera sabe quien fue él, cuando ignora incluso la naturaleza de los pecados que carga a su espalda, guardados como están en el interior del hermético ataúd...

No, no lo sabe, ni por supuesto lo podrá saber jamás; pero lo que no ignora es que el castigo, fuera por lo que fuese castigado, es para siempre... Para siempre.



# QLIPHOTH

Fanzine de mitología

<http://qliphoth.dreamers.com>

<mailto:qliphoth-subscribe@egroups.com>

© 2000 Francisco Ruiz & Santiago Eximeno